

El Cuartel Principal de San José en 1858.

mos allí un alemán escuálido, que andaba en mulas tañendo un arpa rota, y a uno de los capellanes que acompañaron al ejército costarricense a Nicaragua, el Padre Francisco Calvo, que llevaba la cruz de honor prendida en la sotana. El padre se ha consagrado al ejército. Tiene talante marcial y sus aficiones y gustos parecen más propios del campamento que del claustro. Cuando entramos tenía un puro entre los labios rojos y estaba charlando con un joven oficial condecorado con una cinta colorada, cuya inscripción indicaba que era uno de los vencedores de Santa Rosa, teatro de la primera y más trascendental derrota sufrida por los filibusteros en su empresa nicaragüense.

Saliendo del cuartel de artillería y galopando una milla y media por un camino espléndido, una ancha avenida sólidamente construída, drenada con profundas zanjas paralelas a ella y sombreada por altos sotos de cactus y eritrinas, detrás de las cuales millares de árboles de café exhalan su aroma, llegamos al Campo de Marte, una llanura perfectamente plana de unos cien acres de extensión, alfombrada con el césped más blando, cortada por hileras de higuerones jóvenes, y que en todo sentido ostentaba la pulcritud estudiada y la elegancia seductora de un parque de recreo en Inglaterra. Haciendas, naranjales, plantaciones y potreros la rodean y al sur está abrigada por las montañas de San Miguel. En dirección contraria las paredes blancas de Heredia relumbran contra las pardas vertientes del Barba. Más allá de este inmenso volcán, cuyos fuegos se extinguieron en un lago de profundidad ignorada, centellean los picos azules del Poás al salir y ponerse el sol. También hay cerca de allí quintas, como la encantadora de que aquí tenemos una vista.

Se llama El Laberinto. Tiene una casa espaciosa y un jardín exuberante. Detrás de este jardín, una acequia derrama sus aguas en tres pilas de ladrillo cubiertas de fino cemento, que sirven de baños: una para caballeros,

de nueve pies de profundidad; otra para señoras, que tiene siete, y la tercera para niños, de tres. Tapias de una altura moral las circundan y todas tienen cobertizos en que los bañistas se quitan y ponen las ropas. El sendero que conduce a los baños es fresco y perfumado, con setos de rosales y limoneros dulces. Más atrás está el molino para descortezar el café y el patio para secarlo y limpiarlo. El de la finca está atestado de aperos agrícolas de la mejor clase y hermosos caballos ocupan una fila de cuadras abiertas. La casa, el jardín, los baños, los caballos, todo pertenece a la señora Fernández, cuya riqueza no es más que un homenaje tributado a su bondad, a su gracia, a su belleza.

Entre El Laberinto y el Campo de Marte está el Cementerio Protestante. Ocupa cerca de la cuarta parte de un acre, tiene muros enlucidos y una puerta con barras de hierro. En una placa de metal en forma de rombo y atornillada al póstigo se lee la siguiente inscripción:

Este cementerio fue cedido por el Gobierno en febrero de 1850.

A solicitud del señor don Federico Chatfield,

Encargado de Negocios de Su Majestad Británica.

Yo sé que vive mi Redentor y que el último día he de resucitar de la tierra y de nuevo he de ser rodeado de mi piel, y en mi carne veré a mi Dios, a quien he de ver yo mismo, y mis ojos lo han de mirar, y no otro. Job XIX, 25, 26, 27.

Un poco más cerca del Campo de Marte está el antiguo cementerio católico. Allí ha habido huesos desde hace más de doscientos años. Las inscripciones más antiguas de las tumbas y lápidas se han borrado. Las mismas



El Laberinto, hacienda de café de don Mariano Montealegre Bustamante y su señora doña Jerónima Fernández.

sepulturas han desaparecido. Al mirar por entre las barras de la puerta de entrada, barras toscas, carcomidas por el orín, lo único que se descubre es una masa verde de vegetación. Si se escucha un rato, conteniendo el resuello, se oye con seguridad el susurro de la lagartija o de algún otro reptil en las honduras de ese mar muerto. Hace cuatro años, cuando el cólera azotó el país, las víctimas que hizo la plaga en las vecindades se contaron por miles y fueron enterradas allí. Desde entonces se clausuró el cementerio. Es terreno vedado. De modo que la vegetación se va espesando y las tumbas sin nombres se borran. Un nuevo cementerio católico ha sido abierto en otra parte.

El Campo de Marte es para San José lo que el Bois de Boulogne para París. Allí se ven los jinetes elegantes de la capital, es el punto de reunión de los carruajes y una o dos veces en el año el que sirve para establecer campamentos militares y pasar revistas. En estas ocasiones las tropas aparecen uniformadas. Durante el resto del año una camisa limpia los domingos y días de fiesta de guardar, es, a lo que parece, la única regla obligatoria en cuanto se refiere a la costumbre. Sin embargo, los oficiales están muy bien uniformados. Con sus levitas azules adornadas de rojo, sus chacós y marriones colorados presentan un aspecto que no es inferior al de los tenientes franceses de la infantería de línea; y los domingos, en la misa de tropa, la pequeña guarnición de San José, colocada en la nave mayor de la Catedral, presenta un espectáculo notable. La luz que despiden el altar, las lámparas, los candelabros, las ventanas de las naves laterales y los altos pilares que sostienen el techo, tiembla en la doble fila de bayonetas; la banda situada en el presbiterio acompaña la solemne ceremonia tocando himnos de corte marcial; los oficiales se colocan a la par de los soldados, realzando las charreteras y fajas carmesíes de éstos, las camisas de aquéllos; y en el momento de alzar la Hostia, el edificio sagrado vibra con el estrépito de las cornetas y el choque metálico de las armas que saludan.

También toca la banda todos los domingos por la noche frente a la casa particular del Presidente. Esta casa, situada en la Calle del Presidente, a corta distancia de la plaza, es un modelo de modestia republicana. La estrecha calle oscurecida por los grupos de los oyentes; débiles rayos de las linternas de los atriles infiltrándose en las tinieblas; grupos de señoritas que cuchicheaban en las puertas y de cuyos labios se escapaba como en sueños el humo tenue de sus cigarritos; un centinela flaco recostado al marco de la puerta de la casa del presidente, el N° 12, frotándose el uno contra el otro los pies descalzos; el zaguán encalado que estaba detrás de él, con una vela amarilla metida en un farol de vidrio que colgaba del cielo raso; un oficial con pantalones blancos y gorra galoneada de oro, cuyos tacones armados de espuelas subían las gradas de la puerta y que luego volvió a salir a la calle convencido de que no había novedad: tales fueron los incidentes que noté el primer domingo en la noche que estuve azotando la calle del presidente, del brazo de don Ramón y oyendo la banda.

El teatro está igualmente abierto los domingos por la noche. Decorado con una fachada griega, este bonito edificio ocupa una área de sesenta o setenta pies en cuadro. La puerta de entrada da a un vestíbulo alumbrado por una gran linterna china debajo de la cual, en las noches de función, hay una media docena de soldados descalzos sentados en un banco. Tiene dos filas de palcos; debajo de la más baja hay tres hileras de bancos separados de la pla-



Con sus vestidos de la época, los músicos de la Banda Militar obsequian una retreta al Presidente de la República, frente a su casa de habitación.

tea por barras de hierro horizontales, que tienen el aspecto de una jaula semi-subterránea destinada a curiosidades salvajes. No pude dar con el objeto de esta disposición. Se debe probablemente al temor de que la gente más pobre se enfurezca al ponerse en contacto con la civilización de la platea. La noche que fuimos al Teatro, estaba de bote en bote. En los palcos llenos de susurros de seda, había perlas en profusión e hileras de dientes que rivalizaban con ellas en blancura; exuberantes cabelleras negras, filas de brazos rollizos ceñidos de cadenas y cintillos de oro, exquisitas flores y los más vaporosos tules flotando sobre las cabezas más delicadas. Era noche de gala y representaban El poeta y la beneficiada. El presidente Mora ocupaba un palco decorado con banderas nacionales, frente por frente del escenario. A la derecha y a la izquierda de Su Excelencia estaban sentados el ministro de Relaciones Exteriores, el general Joaquín Mora, el señor Escalante, vicepresidente de la República y M. Félix Belly, campeón en el papel de la raza latina en general. Los actores, procedentes de Cádiz y otros lugares de España interpretaron con graciosa vivacidad el humorismo de don Manuel Bretón de los Herreros; pero la orquesta era algo espantoso. Ocho violines, un tambor y dos trompetas sentados en fila nos torturaron sin piedad cada vez que bajaron el telón. Las decoraciones eran igualmente desagradables; no había dos bastidores iguales y la mitad de la comedia se representó en una sala en la cual se entrometían la luz del cielo y la escalera de una buardilla. Sin embargo, el telón de boca, que representa a Minerva instruyendo a las Musas, está pintado con bastante buen gusto y soltura y su colorido es brillante. En los entreactos las gentes de los palcos se paseaban en el gallinero o pasillo de teatro fu-

mando puros y cigarritos. En este refrigerio tomaban parte las señoras al igual de los caballeros. También circulaban vasos de limonada y los cigarrillos cedieron el campo a los pastelillos de almendra, los helados y otras golosinas. El Presidente, mezclándose sin afectación a la concurrencia, se mostraba locuaz y radiante, M. Félix Belly, exquisitamente calzado y enguantado, sudaba a mares a fuerza de hacer cortesías

Habiendo hecho ya la presentación del Presidente de la República, magistrado competente, hombre de inteligencia clara y robusta, enérgico e ilustrado, bajo cuya administración Costa Rica ha tenido la suerte de gozar de un progreso social y material que antes no conocía, adquiriendo una sólida reputación nacional que las repúblicas sus hermanas debieran esforzarse en alcanzar y merecer, no estará por demás decir aquí algunas palabras para explicar el sistema político del país.

La constitución conforme a la cual fue reorganizado el país en 1848, declara que la República de Costa Rica es un Estado soberano, libre e independiente, y establece un gobierno representativo, electivo y responsable. Consagra la inviolabilidad de la propiedad, la libertad de la prensa, la seguridad personal, la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley; inviste del poder supremo a tres cuerpos distintos, el legislativo, el ejecutivo y el judicial, prohíbe la esclavitud, las clases privilegiadas, los mayorazgos, la violación de la correspondencia y restringe rigurosamente la pena de muerte. El poder legislativo reside en una cámara compuesta de doce miembros, presidida por el vicepresidente de la República. Para ejercer el derecho de sufragio, el ciudadano tiene que ser mayor de veinticinco años, padre o cabeza de familia y poseer bienes raíces por valor de \$ 1.000. Ni el presidente, ni el vicepresidente ni miembro alguno de su gabinete pueden votar. Las funciones que estos desempeñan, lo mismo que las de magistrado de la Corte Suprema de Justicia, son incompatibles con las de representante en el Congreso. Para ser Diputado al Congreso se requiere ser mayor de veinticinco años, poseer bienes raíces por valor de tres mil pesos o tener una profesión liberal. El Congreso nombra los magistrados, prorroga sus sesiones y designa para el tiempo de su receso una comisión permanente compuesta del vicepresidente de la República y de cuatro de sus miembros. La emisión de una ley requiere la aprobación de la mayoría del Congreso, después de un debate de tres días, y la sanción del poder ejecutivo. El presidente y el vicepresidente son electos por un período de seis años por las asambleas electorales de los cantones o provincias. Para el ejercicio de ambas funciones se necesita ser mayor de treinta años, tener bienes por valor de diez mil pesos y ser casado o viudo. La constitución prescribe la hospitalidad y se pierde la ciudadanía por ingratitud para con el padre y la madre, el abandono de la esposa o de los hijos y el descuido de las obligaciones para con la familia y el hogar. El poder judicial lo ejercen una corte suprema y otros tribunales establecidos por la ley. La primera se compone de un regente, cinco magistrados y un fiscal. Estos funcionarios, con excepción del último que se nombra por 6 años, permanecen en sus puestos mientras se porten bien; pero ni el uno ni los otros pueden ser suspendidos sino por motivo de acusación, ni depuestos como no sea por sentencia judicial en regla. La República está dividida en cinco provincias, éstas en cantones y éstos en distritos. Las provincias tienen sus gobernadores y comandantes militares; los cantones y distritos sus jefes políticos y alcaldes. En

cuanto al sistema de educación, hay una escuela pública en cada pueblo. San José tiene una escuela normal, un liceo y una universidad. De modo que la enseñanza primaria y segunda están garantizadas por el Gobierno, así como por empresas particulares; y si Costa Rica no presenta todavía un estado más floreciente de educación pública, tiene establecida en todo caso—como lo observa Astaburuaga—la base de un sistema que mejorará y se extenderá a medida del progreso material del país.

Considerada desde el punto de vista arquitectónico, la Universidad de Santo Tomás debe citarse como el mejor edificio de San José; pero lo supera en tamaño el hospital. Esta institución es en verdad poco necesaria en el valle arcadio de San José; pero una sociedad caritativa, la Junta de Caridad, pensó que era bueno tener algo para evitar que alguna epidemia repentina encuentre a la gente desprevenida, o que los pobres carezcan de un hogar o de buenos tratamientos cuando la enfermedad los prive del pan nuestro de cada día. De aquí nació el Hospital San Juan de Dios. El gasto de su erección se hizo con fondos que tenía la Junta y el impuesto de una friolera sobre las sucesiones. Se mantiene con los mismos medios; los gastos eventuales son pocos; el médico superintendente, Doctor Santiago Hogan, natural de Filadelfia, sirve gratuitamente.

La situación del Hospital es malsana. Está en un hueco, a un lado del camino que conduce al Campo de Marte. Hace cinco años el terreno en que está era un pantano. El Doctor Hogan cazó allí muchas veces agachadizas con escopeta. El edificio consiste en un cuerpo central y dos alas y su longitud total es de ciento cincuenta pies, cada una de las alas tiene cien pies en cuadro; en la de la izquierda están los enfermos y dementes de ambos sexos; la de la derecha sirve provisionalmente de cárcel. Los inquilinos de esta parte del hospital no llegan a un puñado, y, hablando en general, sus pecados son veniales. El centinela que los guarda, bostezando y rayando el piso de ladrillo con la bayoneta, pensaba al parecer que bien podrían darles la absolución.

Tuve la suerte de que el Doctor Hogan me acompañase en mi visita al hospital. En el departamento de hombres había ocho casos en tratamiento. Los pacientes eran soldados costarricenses que habían peleado a las órdenes del General Cañas en San Jorge, en el lago de Nicaragua. En frente de ellos yacían tres soldados de Walker, que padecían de úlceras agudas a consecuencia de la mala vida que habían llevado a la intemperie y por falta de cuidados. Uno de ellos me dijo que era de Nueva York. Estaba horriblemente demacrado y hablaba con mucho trabajo. El segundo, un sujeto despierto, lleno de brío y buen humor, me refirió que era de Louisville. El tercero venía de Quebec, un muchacho apacible, de ojos vivos, y piel blanca; cuando me contó la historia de sus aventuras, las lágrimas me brotaron del fondo del corazón.

Sus padres eran irlandeses de nacimiento; él había venido al mundo en el Canadá; su padre murió estando él todavía en la lactancia. Su madre, cuando ya tuvo fuerzas para ello y pudo economizar un poco de dinero, se trasladó a Chicago. Allí estableció una lavandería y le estaba yendo muy bien, cuando de pronto le dió a él la ventolera de unirse a los filibusteros, por haber oído decir que todo lo iban arrollando. De un modo o de otro se le compuso para llegar a Nueva York; allí se incorporó a los filibusteros en calidad de emigrante, creyendo que eso era todo lo que tenía que hacer para darse la mejor vida y obtener muchas tierras de las más ricas. Desde el día en que

llegó a Nicaragua sintió el deseo de volver a su casa al lado de su pobre madre enferma y solitaria; pero ya era tarde. No le quedaba otro camino que sacar partido de su infernal travesura, que apechugar con ella haciendo de tripas corazón, que pelear tan valerosamente como pudiese. Hasta el mes de junio no iba a cumplir los dieciocho años y sin embargo había estado en todas las batallas que libraron los filibusteros, desde el incendio de Granada hasta el último asalto de los aliados a Rivas. Después de que el general Walker se rindió al capitán Davis del St. Mary, lo llevaron enfermo a Punta Arenas, en el Pacífico, a donde lo trajeron como prisionero de guerra con otros camaradas. Allí fue atacado de fiebre y el general Cañas ordenó que lo llevaran al hospital de San José. De esto hacía ya un año y en todo ese tiempo no se había levantado de la cama. Estaba dispuesto a dar la vida por saber de su pobre madre; no había tenido noticias de ella desde que se incorporó a los filibusteros. Ella no sabía si estaba vivo o muerto; él no le había escrito desde que se ausentó. Esto era una crueldad de su parte; así lo confesó y al hacerlo, se cubrió la cara con las manos estallando en sollozos. Hice lo que pude por consolarlo, diciéndole que yo daría pasos para hacer saber a su madre donde se hallaba, ya que él iba mejorando y pronto podría estar con ella. Esto pareció calmarlo y alargándome la mano, delgada y blanca, me dió las gracias con palabras fervientes. Por el siguiente correo envié a los Estados Unidos un aviso, que se publicó en uno de los diarios de Nueva York, con el relato de las circunstancias que dejo apuntadas; pero no tuvo resultado. Ninguna madre se presentó a reclamar el muchacho enfermo del hospital de San José.

En el departamento de orates del hospital había dos mujeres y dos hombres. Las dos mujeres estaban locas por motivos de religión. Una de ellas había cubierto las paredes del cuarto en que estaban encerradas con los más extraños jeroglíficos, calaveras, huesos en cruz, esqueletos, diablos cornudos e instrumentos de tortura. Aquellas extrañas fantasías estaban dibujadas con carbón y al entrar vimos a la azorada artista absorta en la contemplación de su obra. La otra mujer, arrojada sobre una mesa, ofrecía el cuadro de la más espantosa desolación. Relataba la misma historia a todos los que querían oírla. Era la de un precioso niño inocente a quien una noche, al pasar por la calle oscura, dos mujeres perdidas regalaron una mazorca de maíz. El niño la tomó, llevándosela a su casa; desde entonces, decía la demente, estaba bajo el maleficio de aquellas malas mujeres y esto era lo que a ella le afligía. Al referirnos esta historia—la repite todos los días y a todas horas—brotaron lágrimas de sus ojos enrojecidos, dejó caer las manos entrelazadas sobre las rodillas, con el peso de la muerte, y la cabeza sobre el pecho; al moverla de un lado a otro, a impulsos del dolor vehemente, sus largos y negros cabellos se deslizaron por las espaldas hasta los desnudos pies.

Dejándola allí, el guardián nos abrió la puerta de otro cuarto que era un desastre. No tenía cielo raso; las vigas del techo, cubiertas de telarañas, estaban desnudas, los ladrillos del piso arrancados, y muchos de ellos rotos; la tierra que tenían debajo, escarbada, el enlucido de las paredes cayéndose a pedazos, las hojas de las ventanas, deshechas y, en el suelo escarbado, grandes trozos de vidrio esparcidos. Todo lo que allí había estaba estropeado, todo tenía el sello del desorden completo y de la ruina irreparable. Acurrucado en un rincón, desnudo de la cintura arriba, con los andrajos sucios que había conservado flotando en torno de sus miembros consumidos, mirándonos con

La timidez de un conejo inquieto, mirándonos a hurtadillas detrás de un montón de tierra y ladrillos rotos, estaba un mozo de mejillas sumidas que temblaba de pies a cabeza y hablaba violentamente con un espumarajo en la boca. Este infortunado apenas tenía algo más de dieciocho años y formó parte de la guarnición del Castillo. Al acercarse el coronel Frank Anderson, en diciembre de 1857, fue atacado de espasmos y desde entonces está loco de atar. Los gritos de los filibusteros resuenan constantemente en sus oídos. Armados hasta los dientes, deslizándose como panteras por el charral, se le van acercando siempre. Grita, se retuerce, echa espuma, se mesa los cabellos enmarañados, araña las paredes y el suelo, escarba la tierra como la hiena que busca un cadáver, y así va acabando con su vida.

El cuarto paciente resultaba un caso bastante divertido, y después de presenciar la agonía del infeliz atacado de terror, era un alivio seguir por el momento las mansas divagaciones del que no tenía más molestia que la de creerse perseguido por una bandada de zopilotes, ni más deseo que el de poseer un sombrero. Los zopilotes lo tenían siempre atareado. No cesaba de gritarles, de tirarles terrones; se lanzaba contra ellos dispersándolos con furia, y después de ponerlos en fuga los perseguía por todos los rincones del



En el primitivo Asilo de Locos el autor contemplaba estas escenas en 1858.

cuarto. Para estar contentísimo sólo necesitaba un sombrero; pero no era posible satisfacerlo a este respecto, porque hacía pedazos todos los que caían en sus manos.

Después de haber visto cuanto había que ver en San José, de vagabundear lo bastante por las cervecerías y billares—de los cuales hay media docena en la pequeña ciudad, a tiro de fusil el uno del otro—y de visitar la casa de moneda, donde aprendimos algo acerca de los recursos minerales del país; después de conocer a varias personas de las más afectuosas e inteligentes de la ciudad; de hablar de política durante horas y horas vaciando botellas de whisky Bourbon con un natural de Filadelfia, despierto y juicioso, que se ha establecido en el país para mejor o para peor, antes bien para mejor, porque su casa de dos pisos en la calle de la Artillería es espaciosa y su plantación de cacao cerca del Muelle promete muchísimo; después de haber almorzado con el ministro de Relaciones Exteriores, en cuya casa tuvimos el placer de conocer a una familia muy bien educada y genial en torno de una mesa superabundante; después de haber comido con muchos alemanes en casa de un rico y hospitalario representante del Brod y de los viñedos del Rhin; después de haber pasado más de una noche amenísima en una generosa casa inglesa, sobre cuya alegría, bondad y lujo ha caído después una nube negra, porque su dueña agraciada y buena yace ahora en Sarapiquí, donde pereció yendo de paso para su antiguo hogar en la isla coronada de robles; después de haber paseado a caballo repetidas veces con el general Castro, cuyas amables atenciones para con nosotros fueron incesantes; de soñar durante largas horas en su hacienda La Pacífica, la mejor del país, en medio del perfume de 150.000 árboles de café, del jardín y de la huerta rebosantes de sosiego, de toda la exuberancia de una finca de los trópicos, de la que guardo aún la visión radiante y perfumada; después de haber visto y hecho todo esto, nosotros, los extranjeros distinguidos de Nueva York, nos trasladamos a Cartago, la antigua capital de Costa Rica, respecto de la cual, del volcán que se yergue ceñudo sobre ella y de los valles que la circundan, hermosos y magníficos, publicaré otro artículo, el último, el mes próximo.

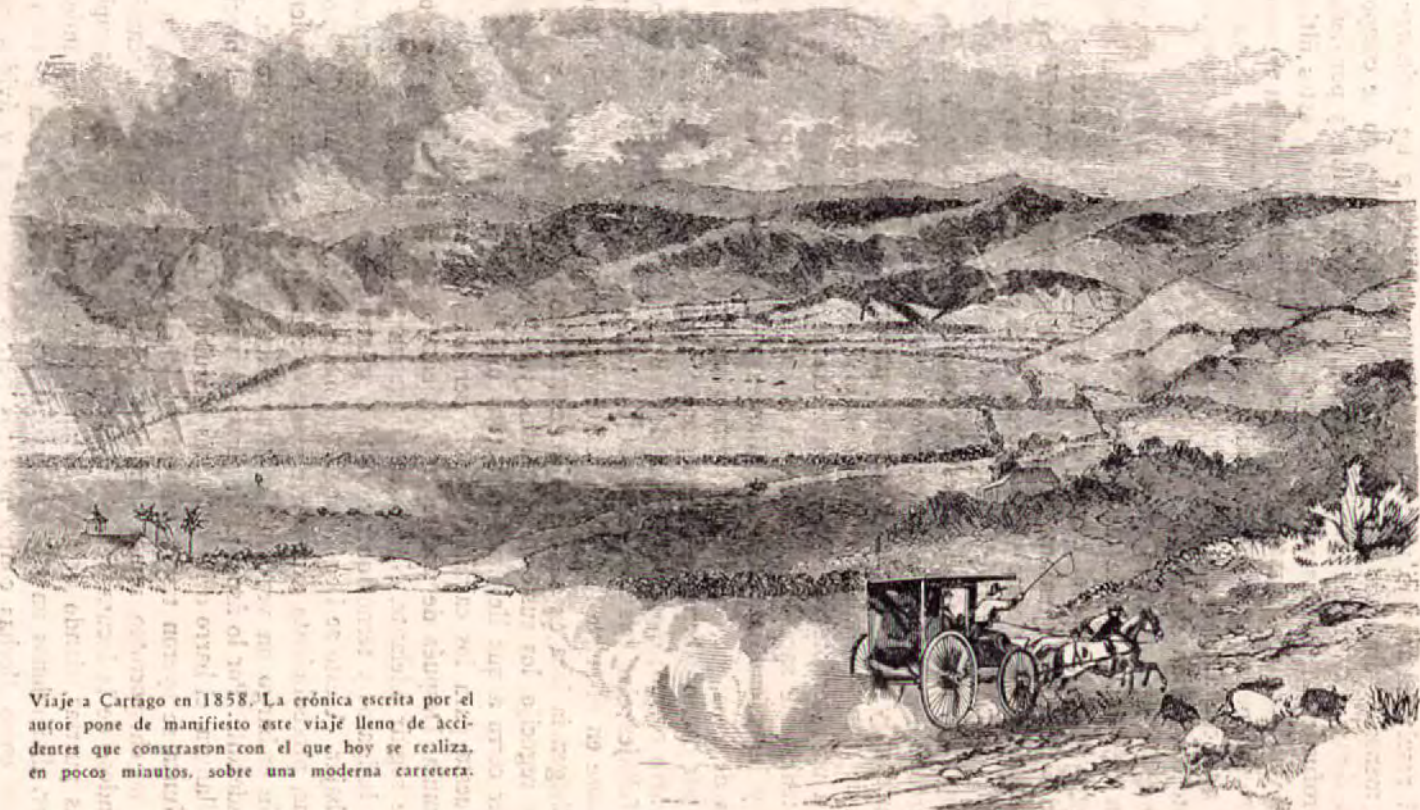


El tema que hoy domina en las arengas electorales y el púlpito, entre oradores y periodistas, es el de la superioridad del siglo diecinueve. A propósito de esta civilización se congratula día y noche a los Estados Unidos y especialmente a Inglaterra por ser los más altos exponentes, a la vez que se hace a las naciones hispanoamericanas el reproche desdeñoso de que son lo contrario, o se les da por ello un pésame despectivo.

No se contenta con esto el espíritu de la época. Movido por el prejuicio de que toda comunidad o nación que no se ajusta política y socialmente a los moldes anglosajones está perdida si no se hace algo vigoroso para salvarla, el mundo suele oír hablar en los tiempos que corren de ciudades bombardeadas para establecer relaciones comerciales y de gentes a quienes roban lo suyo para bien de sus almas.

Si el espíritu de la época fuese menos arrogante, podría ser más instruido; cuanto más instruido fuese, tanto mejor se portaría. Mediante una comprensión completa de estas comodidades hispanoamericanas, podría llegar a penetrarse del hecho de que en ellas impera una civilización que en lo tocante a bondad doméstica, inteligencia, afabilidad y sentimiento religioso, sobriedad y trabajo honrado, puede ser favorablemente comparada con la que en latitudes más frías recibe tantos elogios superlativos. Es más. Aun sin admitir la posibilidad de que haya varias formas y fases de civilización, cada cual determinada por el carácter del pueblo que la posee y de cuyos especiales intereses, genio y recursos es el natural desarrollo, el espíritu de la época podría sentirse lisonjeado al observar en todas esas diversas comunidades no pocas de las costumbres, aplicaciones mecánicas, comodidades caseras e ideas políticas de que reclama la paternidad exclusiva. En Costa Rica, por ejemplo, como lo ha escrito el señor Astaburuaga, la agricultura empieza a tomar ese aspecto que las mejores reglas de la ciencia le permiten alcanzar. Los conocimientos de cultivo práctico que prevalecen en las naciones del norte de Europa se están propagando en el país con el auxilio de los mejores instrumentos agrícolas, al paso que van desapareciendo rápidamente los viejos procedimientos tan perjudiciales para el trabajo y que hacen perder tanto tiempo.

Respecto de otros puntos podría serle también grato al espíritu de la época descubrir en la pequeña república a que me refiero la confirmación de sus gustos, ingeniosidad y criterio. Los postes de los faroles de San José han sido importados de Inglaterra. Esto se ha dicho ya. Alemania, además de contribuir con la ingeniería talentosa que ha abierto los mejores caminos de Costa Rica, ha sugerido a un londinense emprendedor el adelanto de tener cerca de la capital un depósito de cerveza de capacidad inagotable; los serpentines de alambique y las calderas de la Destilería Nacional fueron hechos en Nueva York, y, si no estoy muy equivocado, el carruaje del Presidente rodó por primera vez sobre el pavimento de Broadway. No está representada Francia de manera menos notable en esta ligera exposición de la habilidad artística de las naciones más civilizadas. Ha introducido al país sus zapatos elegantes, sus frascos de perfumes, sus guantes y pastillas, sus bombones y



Viaje a Cartago en 1858. La crónica escrita por el autor pone de manifiesto este viaje lleno de accidentes que contrastan con el que hoy se realiza, en pocos minutos, sobre una moderna carretera.

parasoles. Ha suministrado oficiales y uniformes al ejército costarricense, y al público viajero del país el modelo de una diligencia que se copió con mucho gasto.

El resultado ha sido un vehículo que se parecería a un rockaway si estuviera menos destartado y fuese menos charro. Este aparato se compone, por fuera, de un derroche de pintura colorada, negra y amarilla, y por dentro, de una profusión de cuerdas viejas, cortinas y cojines de cuero, estos últimos arrugados y rajados. Los arrastran una mula y dos caballos, la mula en medio. El cochero, un mozo despierto, oriundo de las ruinas de Copán, lleva una chaqueta gris con alamares, una faja militar de seda roja y un sombrero de pita puesto con bastante garbo.

Don Ramón y don Francisco ocuparon el asiento trasero de esta diligencia un domingo por la tarde, para ir de San José a la antigua ciudad de Cartago. Durante todo el tiempo el viaje fue agradable e interesante. De ambos lados del camino teníamos el paisaje: las plantaciones de café en plena florecencia, blancas como si les hubiese caído una nevada por la mañana; platanares, milpas, cañaverales, campanarios y pueblos de indios. El entierro de un niño, cuyo pequeño cadáver estaba bonitamente vestido y adornado con flores; precedíanle violines y flautas y unas mujeres iban sembrando de violetas, azucenas y ramas verdes el camino polvoriento; detrás del ataúd, en una silla de manos dorada y envuelto en el humo de los inciensos agitados, llevaban a un sacerdote viejo que lo bendecía de vez en cuando con su mano rugosa; tenía este sacerdote una estola blanca bordada, sobrepelliz, los ojos cerrados y la cabeza descubierta. Brillantes y verdes praderas cortadas por corrientes de agua que centelleaban; cerros ondulantes y cubiertos de bosques surcados por caminos bermejos; altos puentes de piedra de lava con techos de teja de barro cocido; espaciosas casas de campo medio sepultadas en blancos y ricos follajes; las grandes montañas solitarias de la Cordillera Central, esfumándose en la suave luz solar a millas de distancia. Y, por último, teníamos la diligencia loca en sus altibajos, contratiempos y catástrofes y la confusión, el regocijo, los sustos, el escándalo y el alboroto que metía a su paso. El primer cerro a que llegamos la detuvo una hora. La mula creyó que era mucha cuesta para los caballos y éstos pensaron que era demasiada subida para la mula. Después de una reyerta violenta, los tres abandonaron el propósito de seguir adelante. No quisieron avanzar ni una pulgada, a pesar de todos los latigazos y ternos que les soltó el guatemalteco. Los pasajeros tuvieron que bajar. A esto se llegó; luego fue menester que metieran el hombro a las ruedas, procedimiento excesivo que estuvo a punto de volcar y demoler el coche. Sin embargo un vez vencida esta dificultad nada nos detuvo ya. Seguimos adelante. Por lo áspero y lo plano, subiendo o bajando, por el precipicio o la llanura, el barro o los guijarros, seguimos adelante.

Nunca se oyeron tantos traquidos y chirridos, nunca se vió tanta espuma ni tal chisporroteo, nunca semejante frenesí. A nuestro paso el camino, contagiándose de la locura, se iba alborotando. Viejas y jóvenes se precipitaban a las puertas, dando gritos, charlando convulsivamente, gesticulando y, al parecer, diciéndonos un adiós eterno. De cada puerta, de cada portillo de seto salían como flechas contra nosotros perros descarnados y ávidos como lobos, que nos perseguían con loca velocidad. En un lugar, un venerable padre que llevaba amplia sotana negra, sombrero de teja y un paraguas verde oscuro

de guinga debajo del brazo, surgió de la cegadora nube de polvo que nos envolvía y, abriendo unos ojos de mármol verdoso, nos miró fijamente, asombrado y pálido como si estuviésemos irremediablemente perdidos. Más allá la diligencia pasó por entre un escuadrón de montañeses, cuyos caballitos rollizos se espantaron, dispersándose por el camino con las más extrañas cabriolas, tirando al suelo los jinetes, rompiendo las grupas, dando en un instante un espectáculo ecuestre de desorden y pánico que sólo podría reproducir el pincel de Rosa Bounheur. En medio de todo esto, en medio de los derrotados, de los fugitivos, de los caídos, de los atontados, de los descalabrados, en medio de los más terribles resoplidos y del más exaltado histerismo, llegó la diligencia a la cumbre del cerro de Quircot, y a una velocidad que ponía los pelos de punta bajó con ruido de trueno y de cascabeles al valle de Cartago; pero al dejar atrás rápidamente las ruinas y los daños de que éramos autores, surgió una visión de la tierra y de las nubes.

Velaos con reverencia la sólida faz, viejo Samuel, porque este valle de Cartago, sobrepuja al de Rasselas en belleza y magnificencia. Los conquistadores españoles, según refiere Peter Heylin en su *Microcosmos*, llamaron a Nicaragua el Paraíso de Mahoma. Este valle merece en verdad que se le califique de Arcadia de los Poetas.

Inmediatamente debajo de nosotros estaban una ancha laguna cuyas aguas, al declinar el sol, parecían vibrar. En sus márgenes y al acecho del alimento había grullas blancas, majestuosas, serenas, gallardas y de mirada rápida. Más allá de la laguna estaban los potreros en que se divide el valle, dehesas cuadrilongas de asombrosa extensión separadas por setos de poró y cabulla. Más allá de los potreros se veían las montañas bajas del Agua Caliente, así llamadas por el manantial de agua tibia que brota a sus pies, a milla y media de la ciudad, en una grieta de cuarzo y óxido de hierro. El agua de esa fuente es amarga y astringente. La aristocracia enferma de la vecindad la frecuente y es eficaz, sobre todo en los casos de gota y reuma. Las montañas de la Candelaria dominan a las del Agua Caliente, y más allá de aquéllas proclaman su soberanía los picos de zafiro de la gran Cordillera de los Andes, en la sombra y casi indistinguibles, sin una nube entre sus cumbres y el sol.

Qué de extraño tiene que los aventureros, ante espectáculo como este, contemplando a sus pies tan inmensa y exuberante vegetación, tan frescos y vivificantes arroyos que cortaban los senderos abiertos por sus espadas, montañas tan grandes como sus ambiciones y que se multiplicaban a su alrededor a medida que iban trepando cada vez más alto, oyendo en cada cueva, en cada risco, el grito de El Dorado, y metiéndose en regiones más y más remotas camino del sol; qué de extraño tiene que al contemplar tales espectáculos los cruzados de Castilla, los pretorianos de Cortés y de Córdoba se olvidasen de los valles del Guadalete cubiertos de viñas, de las murallas bañadas por el mar y de las mansiones con torres de la vieja ciudad de Cádiz, de las casas solariegas ricamente cubiertas de arabescos, de los campos en que se crían la miel y la seda, de las sierras espolvoreadas con azafrán, de las bellas mozas en sazón, de los ardientes amores y del romanticismo de Andalucía, del orgullo típico de España? Lugares de la tierra como éste, todavía seducen a los hombres arrancándoles de los hogares de sus antepasados, arrebatándolos a los deudos a quienes aman y a las leyes a que voluntariamente se someten, y

con su belleza, fertilidad, sosiego y magnificencia, los indemnizan del sacrificio que hacen y del aislamiento a que durante años les condenan su lengua y su manera de pensar extranjeras.

En cuanto a la ciudad de Cartago misma, es una ruina lúgubre; sus calles son más anchas que las de San José, pero, más solitarias, soñolientas y frías. Es raro ver en ellas un alma a ninguna hora. De vez en cuando se tropieza con una figura egipcia, balanceando con soltura una tinaja llena de agua sobre la cabeza, impasible y deslizándose sin ruido; pero durante horas éste es quizá el único objeto viviente que atenúa el vacío sepulcral de la población. Sembradas en todas direcciones, peñas monstruosas y masas de lava, monumentos de las terribles erupciones del volcán que se yergue encima de ella, aumentan la desolación de su aspecto. Tiene más de trescientos años de existencia y ha visto mejores tiempos. Bajo la dominación española era la capital regia y Thomas Gage, un hijo de la Gran Bretaña que estuvo en Centro América en 1636 y que en el curioso libro publicado por él sobre sus viajes se pinta como el primer protestante que penetró en ese país, dice que en su tiempo tenía muchos vecinos opulentos que comerciaban directamente con la península. El recuerdo de lo que fue en aquellos tiempos la hace orgullosa y huraña. Cartago es en realidad un aristócrata estúpido con los codos de fuera y sin un real en el bolsillo. Es difícil decir de qué vive el aristócrata. Sin embargo, en las vecindades abundan los frijoles y los plátanos, y los petimetres venidos a menos, por ejemplo el hermoso Brummell, han aprendido a entregarse a los placeres de la imaginación y de la memoria y al lujo de un men-drugo de pan en una guardilla, sin tener un maravedí para divertirse ni un guiñapo para ponerse.

El hotel en que nos hospedamos era un compendio de la ciudad; incómodo, ventoso; primitivo y arruinado. Entrando por un zaguán largo y angosto, abovedado y empedrado, y subiendo por una escalera temblona situada detrás, el interior causa inmediatamente la impresión aterradora de una casa embrujada. Manejaba el hotel un caballero de Baden Baden, desertor de la landwehr del general Walker, a quien llamaba don Carlos. Este don Carlos era un pillo tan jovial como podría desearlo el más curioso de los estudiantes de humanas extravagancias. Sin tener un peso en el bolsillo montó el hotel, preparó los naipes y los dados, barajando y sacudiendo en el más recóndito de los cuartos de la casa y así estuvo ganándose la vida hasta que se llenó de deudas hasta más arriba de las orejas. Con asombrosa vitalidad el establecimiento prolongó su existencia durante varias semanas sin haber nada en él. Sin embargo un día, estando nosotros allí, reventó la bomba. No habiendo encontrado al pillo, preguntamos al sirviente holandés, un ser demacrado que tenía una muleta y una pierna ulcerada, dónde estaba don Carlos.

—Ah, don Carlos—nos respondió el cojo enclenque—se acabó don Carlos. Le metieron en la cárcel por deudas. El hotel se lo llevó el diablo. No hay nada con qué pagar.

Don Ramón y don Francisco pensaron otra cosa. Pensaron que el diablo era quien iba a pagar y, por consiguiente, después de empaquetar sus papeles, ropas, lápices, pinceles, cuadernos de apuntes, especímenes geológicos y frascos, llegaron a la conclusión de que había que irse con la música a otra parte.

Pero los lugares más tristes tienen sus recuerdos amables o consola-



Antigua Iglesia de Nuestra Señora de los Angeles, edificada en el mismo sitio en que por tres veces una humilde campesina encontró la imagen de la Patrona de Costa Rica.

dores, sus glorias épicas o esas leyendas atesoradas que como los últimos rayos de una lámpara moribunda salvan de la oscuridad completa los prestigios de un poderío pretérito. En su soledad y pobreza, Cartago posee estos atavíos. Tiene las altivas tradiciones que llenan de orgullo hasta los pueblos más empobrecidos; tienen las que siendo más apacibles, por venir de una fuente más pura, mantienen viva una fe generosa y orientan con su encanto el corazón de los pobres hacia Dios. De estas últimas, la Leyenda de Nuestra Señora de los Angeles es la más preciada del pueblo de Cartago. Un documento que me obsequió el venerable Anselmo Llorente, obispo de San José, refiere la historia así:

“En el año de Nuestro Señor de 1643, en una montaña muy cercana a la antigua ciudad de Cartago, vivía una mujer sencilla que habiendo salido una vez a buscar leña, halló la imagen de una Virgen sobre una piedra, en la vecindad de su choza. La imagen era de piedra y se la llevó a su morada donde la guardó en un arca, regresando a la montaña. Por segunda vez halló la imagen de una Virgen sobre la piedra cerca de su choza. Creyendo que eran dos, la llevó también al arca en que había puesto la primera. Aquella buena alma se quedó sorprendida al ver que ésta ya no estaba allí. Habiéndose acercado por tercera vez a la piedra y hallando en ella otra imagen de la Virgen enteramente igual a las dos anteriores, regresó a su choza donde no pudo en-

contrar ninguna de las que antes había guardado en el arca, y siendo ya tarde, le entró miedo. Fue corriendo a casa del cura don Alonso de Castro y Sandoval y le dijo lo que le había sucedido. Este piadoso sacerdote guardó la imagen en un armario,—la que fue hallada la tercera vez,—sin duda con el objeto de examinarla despacio; pero la imagen desapareció en el acto y por cuarta vez fue encontrada sobre la piedra en la montaña, cerca de la choza de la pobre mujer. La llevaron de allí en solemne procesión a la iglesia parroquial y en ella se depositó.

Al día siguiente, habiendo ido el coadjutor a visitarla, halló vacía la urna en que la había depositado. Buscándola de nuevo la encontraron por quinta vez sobre la piedra, cerca de la choza de la pobre mujer, en la montaña contigua a la ciudad. Por último le edificaron una iglesia y allí se ha quedado desde entonces. En 1782 el Ilustrísimo don Esteban Lorenzo de Tristán, obispo de Nicaragua y Costa Rica, la declaró solemnemente patrona de Cartago. Otro obispo la consagró con óleo y ordenó que sólo la tocasen manos ungidas. Por último, la Iglesia en que descansa fue consagrada por don Anselmo Llorente, obispo de la diócesis y elevada por él al rango de basílica.

Estas honras se han tributado a la imagen de Nuestra Señora de los Angeles, así llamada desde tiempo inmemorial, en agradecimiento de los repetidos milagros que ha hecho."

De estos milagros, uno de los más memorables fué la súbita fuga de ochocientos bucaneros ingleses mandados por Mansfeidt o Mansfield, devoto compañero de saqueos de Morgan, el incendiario del Istmo y pirata de Panamá, como lo llamaría el novelista popular. Estos caballeros emprendedores habían desembarcado en Matina, en la costa del Atlántico y penetrado hasta Turrialba, cuando el sargento mayor don Alonso de Bonilla salió de Cartago a su encuentro, con un piquete y la imagen de Nuestra Señora de los Angeles. Bajaron el valle situado al pie del volcán de Torrealba, causando tal terror a los bucaneros allí acampados, que inmediatamente pusieron éstos pies en polvorosa y desplegaron las velas. La derrota se atribuyó a la presencia de la imagen en el campo de batalla, y el aniversario del día en que ésta se dió, se ha guardado siempre desde entonces como fiesta votiva en la vieja ciudad de Cartago.

La iglesia de Nuestra Señora de los Angeles está lejos de ser el edificio más bonito y más sólido de la ciudad. Las grandes peñas que la circundan, los techos de tejas coloradas y manchas de rico follaje de que surge modestamente, realzan el efecto de la fachada dórica, de la maciza torre cuadrada con su tiara de relumbrante bronce, del techo gris de zinc, de la hilera de pilastras color de alabastro que flanquean la gran puerta de entrada, de las hornacinas que a uno y otro lado de ésta alberga detrás de sus rejillas de hierro una cohorte de ángeles con alas, túnicas y borceguíes, del tamaño de un muchacho.

El altar mayor de esta iglesia es en extremo grandioso. Un enorme tabernáculo de cedro, profusamente dorado, se alza sobre él a una altura de treinta pies. Está dividido en dos camarines, el de abajo contiene al Santísimo Sacramento y el de arriba la imagen de Nuestra Señora de los Angeles. Los arquivadros que arrancan de los camarines están sostenidos por querubines dorados de tres pies de altura. Sobre la cúpula hay una imagen dorada del ángel Gabriel, con dos escalas doradas en la mano izquierda y una

espada de plata en la derecha. Los pilares y las vigas del santuario, en cuyo centro está este soberbio altar, tienen arabescos pintados y durante el mes de mayo, época de nuestra visita, los adornaban con encajes y bordados blancos y azules. La iglesia es exquisitamente limpia y huele siempre a incienso y flores. El señor M. Durán, abogado elocuente y estudioso, natural de Nueva Granada, en una interesante descripción de Costa Rica que publicó, dice que en esta iglesia hay una enorme caja en que el pueblo deposita sus ofrendas a la imagen. Cada seis meses se abre la caja y el tributo que se recoge en dicho período no baja nunca de ochocientos pesos. El dinero que de este modo se recolecta, lo dedican exclusivamente a reparar y decorar el templo.

Habitualmente triste y desolado, hay sin embargo dos días de la semana en que Cartago despierta. Uno es el domingo. Ese día las campanas de las iglesias prueban, hasta hacer perder el juicio, de qué metal están hechas; las señoras y señoritas van a las iglesias y vuelven de ellas graciosamente envueltas en sus pañolones negros o de colores; la milicia del distrito pasa revista y maniobra toda la mañana en la plaza y las gentes más respetables, inclusive las autoridades judiciales, se entregan a la lotería, a la veintiuna y al tablero en el cuarto más largo y más ancho del hotel, siempre que alguna institución de esta clase contribuya a las comodidades, la disipación barata y, como en el caso de don Carlos, a las vicisitudes, bancarrotas, convulsiones y calamidades de Cartago. Además, los domingos por la noche la banda de música de la pequeña guarnición toca frente a la casa en que reside el gobernador de la provincia. Pero los jueves resultan más animados, no obstante que por falta de campanas y de banda pueda decir un hijo del país que son bastante menos musicales.

El jueves es el día de mercado en Cartago. El espectáculo se desenvuelve en la siguiente decoración: la plaza; en un costado de ésta las torres blancas y macizas de la iglesia parroquial; en otro, sólidas casas de un piso con techos salientes y ventanas arqueadas; en frente, el cuartel y la gobernación, todo brillante de cal; detrás y a corta distancia, el volcán Irazú, desde cuya cima diabólica dispara sus rayos el sol y en torno de ella se agrupan las nubes de nieve, como los rebañes de Sicilia en rededor del ciclope. Una mezcla típica de la mayor parte de los contrastes de la vida tropical con la majestad de la Naturaleza.

Las calles que conducen a la plaza se ven atestadas de carretas, bueyes, mulas, arrieros, soldados y músicos callejeros; atestadas de mesas, mendigos y estropeados que pidiendo limosna sacan un capital de sus huesos torcidos. En la plaza se venden innumerables artículos y desde el punto de vista pintoresco aparecen en ella los grupos más animados. Hay rebozos de seda color de arco iris procedentes de Guatemala, mantas de lana, chaquetas como las de los bandoleros, con franjas y brillantes botones superfluos. Hay granos de cacao en zurrones de cuero traídos desde Matina por sujetos robustos con piernas desnudas; jícara exquisitamente labradas con dibujos muy complicados. En otros puestos hay zarazas inglesas estampadas, bareses, cortaplumas, loza, tijeras, planchas, hoces y navajas de afeitar. Siento tener que decir que de los Estados Unidos se ve poco o nada. Con seguridad hay algunos driles americanos; pero, por el momento, esto y algunas tabletas de breva de Virginia es todo lo que tenemos en el mercado. El mismo Cartago contribuye con sombreros blandos de pita y trabajos en oro, tales como cade-



Un día de mercado en Cartago en 1858.

nas y brazaletes, alfileres de pecho y canastillas votivas, éstas últimas hechas con la más seductora delicadeza y rebozantes de perlas, perlas rosadas, redondas y lucientes del Golfo de Nicoya. También hay, por supuesto, naranjas, cocos, elotes, plátanos, zapotes, limones dulces y granadillas, la más líquida y refrescante de las frutas; palmitos, de los cuales se hace la más picante y deliciosa de las ensaladas; zarzamoras, las más negras y jugosas que pueden teñir labios humanos, y patatas tan ricas y harinosas como podría desearlas un paladar irlandés.

En estos grupos y figuras sueltas, que aunque dispersos llenan el cuadro, hay señoras lujosamente vestidas, con la cabeza brillante y descubierta, que se guarecen del sol con las sombrillas más vaporosas, acompañadas de criadas de cuyos brazos rollizos y lustrosos cuelga la cesta de la compra. A veces aparece una ama de llaves alemana con mangas en forma de jamón y sombrero de paja de Italia. Las mestizas, o mujeres de los campos, con trajes muy escotados de zaraza blanca o de colores y desnudas de brazos, se sientan detrás de sus serones de frutas y legumbres, de sus bloques de queso y de chancaca, la azúcar morena y ordinaria del país, o detrás de una doble fila de botellas de guarapo y si el transeunte acierta a ser un extranjero, con graciosa timidez ensalzan los méritos de su mercancía o instan para que se les compre de lo que tienen en venta.

Además de sus trajes muy amplios y escotados de zaraza blanca o de colores, estas simpáticas vendedoras se ponen los más lindos y garbosos sombreritos de paja o de fieltro negro, castaño o gris, de los que la mayor parte tienen escarapelas y todos como si sus dueñas fuesen sargentos de recluta, hechiceras cintas de los más vivos colores. Estos sombreritos garbosos son verdaderos robacorazones. Y para decirlo de una vez, las mujeres jóvenes de Costa Rica son decididamente bellas. Tienen cuerpos llenos y torneados, facciones trazadas con regularidad, cejas ricamente dibujadas, y la cabeza bien desarrollada descansa sobre un cuello que luce muy ventajosamente el bonito collar de cuentas de que pocos carecen. Hablando de modo general, su cutis hace pensar en una mezcla de leche y rosas. El aire puro y vigoroso de las montañas que se respira en los valles y laderas en que tienen sus hogares las dos terceras partes de las gentes de Costa Rica, suaviza el tono de la rica carnación de la sangre española, la depura y cubre con un cutis de perlas. Cierto es que se ven algunas caras morenas, amarillentas, bronceadas y pintojas, y algunos casos de bocio; pero no en número suficiente como para contradecir lo que he dicho y hacer que ello sea la regla y no la excepción. Sin embargo, las viejas, aún las que se acercan a los cuarenta años, edad que en nuestras regiones más templadas tan sólo sirve para madurar la coloración y dar dignidad al porte de la mujer, son lo contrario de lo que fueron en su juventud. A los cuarenta años parecen tener ochenta.

En cuanto a la causa de este ocaso prematuro de tanta belleza y tanto brillo, dejo su determinación a los profesores de etnología, lo mismo que a los de patología y la química de la vida ordinaria. Para mí tengo la impresión vulgar de que si se consumiesen menos legumbres y raíces comestibles y más pollos, carneros y buenos bueyes de los que hay en el país, el caso sería distinto.

Pero sea lo que fuese, ya es tiempo de que nos despidamos de las señoras y señoritas; porque está bien que lo hagamos respetuosamente, así sean

ellas jóvenes o viejas, rozagantes o marchitas. Hecho esto, saludemos militarmente a los soldados descalzos que patrullan en la plaza del mercado con fusiles y bayonetas. A los carreteros y arrieros, a sus madres, esposas, bonitas hermanas y hermosas novias, digamos el adiós nacional, el adiós señores. Y por último ante el deán de la diócesis, un anciano débil, vestido con una sotana roja desvaída y que tiene un pañuelo muy grande anudado en la cabeza debajo del sombrero de ala ancha, porque hace calor aun cuando las nubes se van amontonando rápidamente sobre el Irazú; ante el deán de la diócesis que va jadeando por entre la gente con su bastón de puño de oro y recibiendo a su paso el edificante homenaje que le tributan las cabezas descubiertas e inclinadas de jóvenes y viejos; ante el deán de la diócesis bajemos también la cabeza por respeto a los cabellos grises, a los huesos envejecidos y al amor filial que le ha dado el título de Padre de su Pueblo. En cuanto al espectáculo de que ahora nos apartamos, expresemos de corazón el deseo de que se repita mil y mil veces y cada una con mayor felicidad en la plaza del mercado de Cartago.

No habíamos estado muchas horas en Costa Rica cuando oímos hablar del volcán del Irazú y de los daños y del terror que ha causado; de cómo en 1723, del 16 de febrero al 14 de marzo, hizo oír gran rumor de ríos subterráneos, abriendo sus fauces para lanzar oleadas de humo; de cómo las gentes que vivían en sus faldas y mucho más abajo en los valles, fueron sofocadas por sus exhalaciones sulfurosas, y de cómo por las noches lanzó bolas de fuego que subían girando y surcaban de llamas el cielo; hasta que en muchas millas a la redonda hubo mayor claridad que la del medio día. De cómo salió una vez del hirviente abismo un vapor blanco como el algodón y en forma de arco, hasta que a una altura de dos picas sobre el cráter tomó la figura de una enorme palma que se mantuvo en el aire durante el tiempo en que se reza un avemaría, y luego, recobrando su primera forma y descendiendo lentamente, desapareció. De cómo los retumbos del volcán se hicieron cada vez más fuertes hasta herir los aturridos tímpanos con la fuerza de diez mil fraguas atareadas, y las peñas encendidas, y las escorias, haciendo pedazos, al salir, las fauces de la hoguera, se multiplicaban hasta que a la postre las aguas de los ríos, lagos y arroyos se convirtieron en fango que hervía y la ciudad de Cartago se cubrió de polvo candente, y las iglesias y las casas, arrancadas de la tierra paralítica, cayeron chamuscadas, ennegrecidas y completamente en ruinas. De cómo sucedió todo esto, nos lo contaron muchas y muchas veces en el camino; y al echar una ojeada al archivo de la ciudad afligida, encontramos que la historia popular había nacido, hasta en sus menores detalles, del informe oficial del Gobernador Diego de la Haya, fechado el 14 de marzo de 1723.

No ha sido ésta la única erupción del Irazú. El abismo voraz tiene cuatro bocas o cráteres. Dentro de uno de ellos hay robles tan viejos, que llevan a la conclusión de que han pasado dos mil años desde su apertura. Esta es, en todo caso, la opinión del Doctor Karl Hoffmann, vecino de San José, citado por Humboldt en su relato y descripción de los fenómenos volcánicos de Centro América. Otro de los cráteres forma un lago en que nace el río Reventazón, cuya desembocadura, según Thomas Gage, era un punto comercial en 1636. Los temblores de tierra causados por el volcán han sido frecuentes y fuertes. Hubo uno en 1756, otro en 1822; ambos derribaron la ciudad. El último que tuvo consecuencias ocurrió el 2 de setiembre de 1841.

En esta ocasión, según la nota enviada al jefe supremo de la República por don Telésforo Peralta, gobernador de la provincia, más de una tercera parte de la población de Cartago, que en ese tiempo se computaba en algo más de diez y seis mil almas, quedó durante varias horas bajo las ruinas de la ciudad.

—“Y por una rareza admirable—exclama el gobernador Peralta—sólo murieron diez y seis personas”.

Admirable en verdad, pero de ningún modo increíble cuando se piensa que las casas eran de un solo piso bajo, no tenían más que doce pies de fondo y estaban construidas con adobes, que no han menester de mucho para convertirse en polvo.

Todas las casas, menos una, fueron derribadas, y aún ésta quedó considerablemente dañada; pero merece conservarse y permanecer en pie durante generaciones, porque en el patio ostenta sus flores de nívea blanca y exhala su aroma suave y exquisito el padre de los cafetos de Costa Rica, el árbol venerable y hermoso, del cual aparece aquí un dibujo debido al lápiz de Ramón Páez.

Después de las repetidas advertencias que se han recibido, podría creerse que es ya sobrado tiempo de que los cartagineses levanten el campo y se marchen a otra parte. Tanto más cuanto que el cíclope feroz que está allá arriba gruñe a cada rato y suelta de vez en cuando una o dos bocanadas de humo, para que el mundo se entere de que está fumando alguna cosa además de la pipa de la paz.

“Sin embargo—escribe el señor Peralta—tan grande es el apego de las gentes de Cartago a su tierra, que sufren todos estos males con paciencia,



La imagen de Nuestra Señora de los Angeles es sacada de su Santuario para que aplaque las iras del volcán, que destruyó la ciudad de Cartago en 1841. (Dibujo del Sr. Figueroa, Biblioteca Nacional de San José).



La única casa que se mantuvo en pie en 1841, fecha del terremoto que destruyó la ciudad de Cartago.

y tan pronto como es derribada su querida ciudad la reconstruyen con las ruinas”.

Lo mismo sucede con las aldeas y villas que están al pie y en las faldas del Vesubio, especialmente la de Torre del Greco, cuyos habitantes, por apego al lugar, como lo observa Mr. Leigh Hunt en un artículo sobre Nápoles, han persistido siempre en construir sus casas encima de las que fueron sepultadas, sosteniendo un combate obstinado por decirlo así, con las fuerzas más espantosas de la Naturaleza.

—Con todo lo que hemos oído decir del Irazú—dijo don Francisco a don Ramón dos o tres días después del viaje en diligencia—tenemos que subir al volcán.

—A todo trance—respondió don Ramón—y cuanto más pronto será lo mejor, porque ya no hay nada que ver en esta aldea desierta.

Puede que valga la pena decir aquí, entre paréntesis, que en el momento de hablar, don Francisco estaba copiando un bando manuscrito pegado en la pared de la sala de juego, que era al propio tiempo el salón de las señoras y el comedor del hotel mantenido misteriosamente con nada por don Carlos de Baden Baden, desertor y pillo. He aquí el texto del bando escrito en español:

—“Por el presente hago saber a todos los jóvenes menores de edad que frecuentan esta lotería sin permiso de sus padres, que se abstengan de hacerlo si no quieren que se les ponga en vergüenza.

(f) *Félix Mata.*

“Gobernador de la Provincia de Cartago.”

Si las caras son registros fieles de los años, siento decir que los jóvenes menores de edad de Cartago y sus contornos, hacían poco caso de lo que estaba escrito en la pared. Aquello era tan ineficaz, al parecer, como la ley de licores de Albany, que hace tres años se emitió de manera tan portentosa y todavía sigue siendo letra muerta en el libro de decretos de Nueva York.

El 23 de abril de 1858, a las tres de la tarde, salimos del Hotel de Irazú para el volcán del mismo nombre, montados en mulas fuertes y afamadas, con la necesaria cantidad de mantas y alforjas. Hasta el primer lugar donde paramos, el camino, aunque áspero y cortado por grandes peñas, fragmentos de lava, frescos, rápidos y claros arroyos, era una pendiente gradual. Sin embargo, la región porque atravesamos carecía de interés. Había maizales, campos de patatas, dehesas y uno que otro árbol desmedrado a la orilla del camino, y esto era todo. Pero poco importaba, porque el cielo estaba azul y sin una nube, el aire fresco y fortificante, las mulas eran ágiles y andariegas y reinaba la alegría en nuestros corazones, especialmente en el de don Ramón, quien ese día tuvo noticia de que el pueblo de Venezuela se había sublevado y que a su querido y anciano padre le habían levantado el destierro, participando su antiguo condiscípulo de su orgullosa alegría; y ambos en



En camino hacia el cráter del Volcán Irazú. Hasta hace pocos años esta interesante excursión resultaba llena de incomodidades; pero ahora el turista la realiza en pocas horas sobre una moderna carretera de concreto que ya toca a su fin, y que ha sido construída por la empresa "Eric C. Murray & Co."

aquella tarde apacible y espléndida, subimos al volcán de Irazú como héroes coronados de laureles que marchan en triunfo.

La hacienda de ganado de Potrero Cerrado pertenece a Nicomedes Sáenz, un joven costarricense rico que creo que está en este momento completando su educación en una ciudad ateniense de los Estados Unidos.

Desde una altura de 1500 pies domina las torres blancas y arruinadas y el valle de esmeralda de Cartago. El mar está abajo, a 7000 pies. Aunque se llama hacienda de ganado, la mayor parte está cultivada y produce en abundancia las mejores patatas, duraznos y membrillos. Del viento penetrante que a menudo sopla del cono del volcán la protege una ancha faja de robles alpinos, que llaman encinas, y de guarumos que se parecen mucho al árbol de manitas de México, cuyas hojas, que semejan manos humanas, han sido durante generaciones objeto de religiosa veneración entre los indios y los campesinos mexicanos. Esta faja es guarida de tigres y en ella hay serpientes sin tasa ni medida, especialmente de la especie llamada toboba, que aunque excesivamente venenosa en las tierras bajas, los montañeses persisten en decir que es inofensiva en estas regiones más frías.

Como la mayor parte de las casas de las haciendas del país, la de Potrero Cerrado está construida con cañas y postes de cedro. Por fuera tiene una capa de barro y está techada con hojas de plátano y de maíz. La ocupa una familia numerosa: tres hijas, dos hermanos, el padre y la madre. Una de las hijas es una viuda joven, cuyo marido fue muerto en la campaña contra los filibusteros. Sus hermanas, Manuela y Rafaela, son unas chicas modestas, bonitas, blancas, ojinegras, ruborosas, sonrientes; vivarachas y trabajadoras. Manuela lleva un rosario de oro al cuello. Los hijos son ágiles, de facciones pintorescas, discretos, activos y muy trabajadores como sus hermanas. La madre es amable, piadosa, maternal y arrugada, diligente en sus atenciones para con los extranjeros, y se muestra orgullosa como una matrona espartana del hijo que pereció en el campo de batalla.

El padre es un hombre que Salvador Rosa debería haber pintado. Se llama Benito y es nervudo, alto y robusto, con unas narices largas, curvas y palpitantes, y unos ojos redondos que se mueven constantemente y chispean a intervalos. De día y de noche, así queme el sol o hiele, lleva el cuello, el pecho y los brazos desnudos. Por todo abrigo usa una camisa de franela ordinaria y rayada como la piel de un tigre, sombrero de paja roñoso y pantalones azules de algodón. Es un montañés perfecto, el Bayardo de la montaña. Conoce todas las rocas, todos los árboles, pájaros, raíces, animales, arbustos; frutos; reptiles; todas las cosas vivas o muertas nacidas en el Irazú y todas las que aún nacen en él. Sumamente inteligente, su cerebro es tan ágil como sus pies y éstos tienen la elasticidad del gamo y la rapidez de la flecha. Durante años ha perseguido al tigre por entre los robles que protegen el Potrero Cerrado y los que arraigan en otras partes del rudo pecho del Irazú, regando la lava del suelo con sangre de la fiera. De aquí que lo conozcan con el nombre de cazador de tigres. Este es su título reconocido en muchas leguas a la redonda.

Después de tomar una deliciosa taza de chocolate que nos prepararon Manuela y Rafaela, la Rosa y la Blanca de nuestro cuento de camino, salimos de la casa de Potrero Cerrado a las dos de la mañana. A los pocos pasos nos hundimos en el corazón de la selva. Estaba oscuro como boca de lobo: lo único que nos alumbraba era el farol del cazador de tigres. Durante una hora



Cráter del Volcán Irazú. En 1939 el viajero llega cómodamente hasta las inmediaciones del cráter, sobre una ancha carretera construida por la Empresa Eric C. Murray & C^o

o más nos pareció que marchábamos dentro de un subterráneo. No había más que la lucecita precaria y mortecina del farol, los tropiezos de las mulas, el susurro de las hojas y el traquido de las ramas cuando rozábamos las unas o pegábamos contra las otras; a veces y en lontananza, el grito o el silbido de un pájaro solitario. Si nos hubiesen salido al paso esqueletos envueltos en sábanas, haciendo visajes y relumbrando, no nos habríamos sorprendido. A fuerza de caminar en medio de esa oscuridad vacilante, habíamos llegado a considerarnos como espectros o proscritos de la tierra, y cualquier aparición de nuestra misma laya, en vez de asustarnos, la habríamos acogido con rabiosa y desafortunada simpatía. Sin embargo, cuando menos lo esperábamos, se abrió la selva, se hizo pedazos, por decirlo así, y a la suave luz de la luna vimos

abajo el valle de donde veníamos. Estaba cubierto de nubes blancas, de las nubes más blancas que se pueden imaginar, de una blancura purísima como de vellón o de plumón de cisne, y al caer sobre ellas la luz de la mórbida luna parecían cerros de cristal con vetas de oro surgiendo de un lago insondable.

Pero esta visión sólo duró un instante. La selva se cerró en torno nuestro tan súbitamente como se había abierto, y durante otra hora seguimos por la misma senda baja, oscura y angosta, chocando contra las ramas, agachándonos para no ser barridos de las sillas, parando a cada rato, y abandonando las pacientes mulas a su instinto seguro. Por último las ramas se hicieron más tupidas y más bajas, la senda más estrecha; contra las peladas y fuertes raíces tropezábamos a cada paso, las acciones se enredaban en la maleza espinosa, en las zarzas y en las sinantéreas de hojas amarillas, entremezcladas con helechos y arrayanes, y tuvimos al fin que echar pie a tierra y llevar las mulas del diestro, terminando por trepar por una escala perpendicular de unos mil pies de altura, cuyos peldaños eran árboles caídos, hondos surcos, piedras y rocas inclinadas. Allí estuvimos otra hora o más, bregando y pensando en la densa oscuridad, guiados por Benito el cazador de tigres, que parecía un fantasma con su farol temblón y empañado.

Por segunda vez salimos de la selva, en donde dejamos prisionera la negrura de la noche y entonces brotó sobre nosotros la luz de la mañana en el cerro desierto y mudo del Irazú.

Abajo estaban las torres blancas arruinadas y el valle de esmeralda de Cartago, las siete colinas y los huertos del Paraíso, el antiguo pueblo de indios de Tres Ríos y las laderas cubiertas de bosques de Orosi; abajo las montañas del Agua Caliente y las más majestuosas de la Candelaria; más allá y encima de nosotros, la Cordillera de los Andes. Pero no se veían las torres blancas arruinadas, ni el valle de esmeralda, ni ríos, ni selvas, ni antiguos pueblos de indios, ni montañas, ni la Cordillera de los Andes. Desde la altura silenciosa, fría y desolada en que nos encontrábamos, lo único perceptible era un desierto de blanquísimas nubes, un mar de hielo sin límites, del cual surgieron, uno tras otro y brillando a medida que iba subiendo el sol, los picos aislados y las sierras más altas, como si fuesen islas y farallones nuevamente descubiertos. Conteniendo el resuello contemplábamos el espectáculo; deslumbrados, se nos llenaron los ojos de lágrimas; vencidos por la fatiga, nos dejamos caer sobre las cenizas sin poder hablar por el frío intenso y el agotamiento y casi sin vista; entonces, sobre aquel mar de hielo flotó una nube enorme de color de púrpura y estriada de carmesí. Se nos pareció a un barco de guerra desmantelado que la corriente arrastrara por entre campos helados y montañas de hielo flotantes hacia las soledades antárticas. Después de tanto trepar, de tanto andar a tientas en las tinieblas, de tanto tropezar con piedras y raíces, de tanto batallar con robles tupidos, helechos, arrayanes y zarzas; después de todos nuestros altibajos, temores y supersticiones, sombras intensas y luces súbitas, ojos nublados y devanamiento de sesos, he aquí que alcanzamos la meta y tuvimos nuestra recompensa en el cráter del Irazú.

Extenuado por sus convulsiones, bosteza tranquila pero fría y tristemente, a la luz pura y suave de la mañana, como el Gladiador en Reposo.

Al borde de ese abismo y con los brazos cruzados, cuál es el pensamiento que abrumba y subyuga la mente? El de una fuerza espantosa hechizada

en la soledad. Estando allí, se siente el hombre como si le hubiesen arrebatado del mundo de los vivos, poniéndole ante la Creación perdida desde hace miles de años y que le hubiera tocado hallar; o que, brillando por primera vez al soplo del Creador, no fuese perfecta todavía y tuviera que ser divulgada.

Pero a medida que aumentan la luz y el calor y se calman las sensaciones y fantasías que al punto suscita la visión, como se tranquiliza un mar alborotado, llega uno a reconciliarse con el lugar, a familiarizarse con él, a sentirse verdaderamente a gusto, aunque terriblemente extraviado; y, envolviéndose en la manta de California, azul o colorada—porque no hay nada que se le pueda comparar en este mundo infeliz cuando se está en las nubes—empieza uno a trazar perfiles y a tomar notas. Asentando un poco el ánimo, don Ramón y don Francisco trataron de hacerlo así; pero ante todo sintieron la necesidad de tomar algo.

Qué cosa es algo?

Eso depende de los gustos y de las circunstancias. De modo que puede ser coñac o Monongahela, jerez, Apple-Jack, Jersey, Lightning, Bourbon o Catawba. En nuestro caso resultó whisky viejo escocés, y en aquel momento fue este licor para nosotros lo que para los guerreros de la mitología sanscrita el amrita, la bebida de la inmortalidad que escancian las Hermanas Místicas. Una vez fortalecidos y vivificados, cuáles fueron nuestros dibujos y notas? Pues bien, que estábamos en el cráter del Irazú que vomitó de modo tan horrible en 1723 y desde entonces ha seguido gruñendo para inquietud y congoja de millares de gentes; que el cráter es un anfiteatro de muros interrumpidos, de 7.500 pies de circunferencia, con un cono de cenizas y lapilli de una altura de mil pies; que el terreno que pisábamos estaba a una profundidad de cincuenta toesas por obra de alguna explosión o excavación; que en la parte más baja, de suelo flojo y escalonado, había cuatro aberturas y que de una de ellas subían bocanadas de humo sulfuroso; que nos advirtieron que no bajásemos, porque si el descenso era fácil, la subida por causa de la arena movediza, era en extremo extenuante, cuando no fatalmente impracticable; que en la última erupción, en 1841, la ola de lava se había lanzado sobre un precipicio de 2.000 pies y se derramó en la intrincada montaña situada al norte, librándose así la ciudad y el valle de Cartago, con una rociada, del diluvio de su voraz ebullición. Esto fue lo que dibujamos y anotamos. Si el tiempo hubiese estado más claro, habríamos podido ver de una ojeada los dos océanos, el Atlántico y el Pacífico. Esta es la más alta recompensa de los que suben al Irazú. John L. Stephens fue más dichoso y nos ha dejado, con su estilo claro y lleno de vida, la impresión de lo que vió y sintió en el cerro donde estábamos nosotros también, contemplando el mundo remoto desde el Irazú.

El padre Acuña vive en una casita de la aldea de Paraíso, a seis millas de Cartago. Este nombre, que sugiere pensamientos de felicidad y belleza, le fue otorgado gratuitamente a ese pueblo. Unos cuantos ranchos sórdidos, encaramados en media docena de colinas escarpadas que riegan arroyos torrenciales y cubren peñas, platanares y frijolares; tales son las características de este nuevo Edén. El padre Acuña es uno de los sacerdotes más ejemplares e ilustrados de Costa Rica. Después de pasar varios años en calidad de misionero entre los indios que ocupaban la parte más meridional del país, la que está situada inmediatamente detrás del Golfo Dulce, ha llegado a ser

una autoridad en lo tocante a las tribus aborígenes y a los vestigios de Costa Rica. Durante horas, en su cuarto lleno de telarañas que parece una jaula, lo estuvimos escuchando mientras él, sentado en un gran sillón esculpido en un bloque de caoba y cubierto de una piel de tigre, discurría con calma y fancia sobre ese tema, tomando rapé y fumando sin cesar. En la última visita que le hicimos obsequió a sus amigos de Nueva York, los proscritos de Venezuela y de Erín, todas las reliquias indias que poseía. Habíalas descubierto en lo que resultó ser un cementerio, a corta distancia de un antiguo camino, en las cercanías del Paraíso. Construido por los indios, mucho antes de la venida de los españoles, se supone que este camino comunicaba a Cartago con el puerto de Matina. Pavimentado con piedras de lava redondas, está protegido de ambos lados por un pretil del mismo material, de tres pies de altura, y de lo que de él se conoce resulta no haber tenido puentes ni curva ninguna. Siempre que lo corta una barranca, el camino baja por una serie de gradas macizas y bien colocadas y sube del mismo modo en la opuesta orilla o pendiente. Dice el padre Acuña que es el eslabón aislado de una gran cadena de caminos en uso muchísimos años antes de la conquista española, que atravesaba el país desde la frontera de Nicaragua hasta la actual Nueva Granada, y que en este punto se ramificaba hacia la costa atlántica. Sostiene que es un hecho, susceptible de ser bien comprobado si se explorase el país aun cuando sólo fuese en parte, que en Costa Rica floreció un imperio muy poblado en época de que no hay memoria auténtica, ni siquiera confusa tradición; que la cabecera o centro de este imperio estaba en el sitio que hoy ocupa la aldea virolenta de Térraba, y que las inmensas llanuras de este mismo nombre, profusamente sembradas de túmulos, abundantes en reliquias parecidas a las que se encuentran en las vecindades del Paraíso, confirman la conjetura de que un imperio del cual han salido a luz esos recuerdos estaba asentado y se erguía ufano sobre las montañas de Costa Rica.

Al día siguiente de bajar del cráter del Irazú, salimos en la tarde para el valle de Orosi, donde todavía quedan restos de una tribu india; nos acompañaba el anticuario entusiasta quien, dicho sea de paso, aconsejó confidencialmente a don Ramón, al quejarse éste con lágrimas en los ojos de la exasperación sin tregua que le causaban las pulgas del valle de Cartago, que no se quitase una hilacha de la ropa durante toda la semana. Esto como precaución calmante.

Por muy verde y espléndido que sea el valle de Cartago, el de Orosi lo supera infinitamente. Lo contemplamos desde la cima enteramente pelada del Cerrito del Paraíso; vimos abajo y a los lejos las ruinas de Ujarrás, las huellas más antiguas de los españoles en aquellas soledades; mucho más allá seguimos con la vista el curso de las aguas veloces que llenan el paisaje de música y de luz; miramos arriba las montañas, cuya inmensidad nos molestaba la vista; contemplándolo todo atentamente, como si fuese un sueño o un hechizo, íbamos bajando. Al descender por el camino escarpado y lleno de curvas, nuestros mansos caballos pisaban con cuidado, como si supiesen que llevaban sobre el lomo mirones de estrellas y buscadores de maravilla. Bajaron paso a paso hasta que despertamos en la confluencia de tres ríos: el Navarro, el Agua Caliente y el Naranjo, que corrían veloces a nuestros pies hacia el río Grande, un río ancho, rápido, brillante, de color verde, que divide el valle y va a perderse más allá en el Reventazón, uno de los torrentes más sal-

vajes y bravíos que tienen su nacimiento en las alturas volcánicas de esta región solitaria y soberbia. Abunda en él un pez que tiene la carne más blanca y delicada que pueda imaginarse. No se deja pescar con anzuelo ni con trampa, ni con mosca, ni con lombriz y como un reconocimiento contradictorio de su mucha viveza, los indios lo llamaban bobo. Lo tiran con flecha cuando viene a comer el musgo tierno y dulce que se cría en las rocas del río, al nivel del agua.

Anduvimos el último trecho hacia los ríos con los ojos puestos en las copas de los árboles cubiertos de orquídeas y festoneados de enredaderas, que refrescaban y perfumaban el camino con exuberancia, hasta que llegamos a un puente suspendido que nadie puede pasar a caballo. Es obra de los indios de Orosi y se llama el puente de La Hamaca. Hay cuatro postes de madera más recia, dos en cada orilla del río y a cuatro pies el uno del otro; estos postes toscos están unidos por cuerdas o cadenas de alambre, y aunque estas son resistentes y durables, los indios las renuevan cuidadosamente cada cuatro años, porque sólo pasando por ese puente pueden ir al valle y volver de él cuando el río está crecido y torrencial. He aquí la primitiva idea que la ciencia, respaldada por el capital, ha realizado con tanto esplendor en el estrecho de Menai, en Friburgo, en el Niágara y en las cataratas de Montmorenci.

Vadeamos el río Naranjo con el agua a la cintura y nos metimos de prisa en unos matorrales. De pronto paramos porque un indio de color de cobre nuevo, sacando la cabeza hirsuta por entre una cerca de cabuya nos saludó calurosamente. Era el hijo de un rey difunto. Su padre fue un gran terrateniente en aquella región del país algunos años antes y poseyó varios centenares de cabezas de ganado. Pero su vástago era un caballero que había ve-



Utilizando una flecha, los indígenas se entretenían pescando en las aguas del Reventazón, en las que abunda un pez de carne deliciosa. No se deja pescar con anzuelo ni con carnada alguna y como reconocimiento contradictorio de su viveza, lo llaman "bobo".



Puente de hamaca construido por los indios de Orosi.

nido a menos y tan sólo es dueño de algunas matas de plátano y de caña de azúcar. Se llama Pedro. A pesar de los sesenta y dos años que ha servido en la tierra, Pedro es activo. A este respecto ninguno de sus hermanos, deudos aristócratas o individuos de la tribu puede compararse con él. Moreno como un trozo de caoba vieja, tiene la resistencia de esta madera y es casi tan durable como ella. Los tendones de las piernas desnudas, que azulean por entre la piel curtida por el sol, son fuertes y flexibles como cordeles de látigo. Un sombrero de paja roñoso, del cual se escapan los cabellos negros y húmedos que caen en cadejos lacios sobre los ojos y las orejas; una camisa de franela a rayas, cuyas faldas cortas penden en disminución adelante y atrás; unos pantalones de la misma tela, arrollados hasta por encima de las rodillas, amplios y frescos como los que usaban los turcos antes de que se civilizaran a costa de su ardimiento y de su temple; estas prendas, a las que se debe añadir un cuchillo parecido a una cimitarra colgada del hombro cuando sale a cazar o a merodear, componen el traje del regio vagabundo con quien tropezaron aquella tarde los excursionistas republicanos y al cual contrataron en calidad de guía, de filósofo y de amigo.

La mañana en que se hizo el concierto, Pedro se encontraba fuera de su choza machacando un puñado de café en un mortero del tamaño de una caldera. Era un mortero de madera cavado en un cedro monstruoso y la mano era del tamaño de un pisón de empedrador y tal vez más grande.

En las plantaciones más ricas este utensilio primitivo corriendo la suerte del arado patriarcal del país, ha sido sustituido por la maquinaria más fina y segura. La importan de Inglaterra y el nombre de los señores Barnes & Co., grabado en planchas de bronce, es muy conocido en los valles de Cartago y San José, asociado como está a la elaboración del producto principal de Costa Rica; pero Pedro siente inmutable reverencia por lo antiguo, y su pobreza, al repudiar tales innovaciones, le inspira la dignidad del trabajo y

lo restringe a sus proezas musculares. Le tomamos como guía, porque su conocimiento de las selvas y de las montañas vecinas de Orosi era grande y útil, así como debido a que durante un poco menos de medio siglo había cazado puercos salvajes en ellas, y desde la infancia había vivido, como un príncipe, de plátanos y carne de cerdo.

Una docena de chozas construídas con los materiales más endebles y diseminadas en el valle, es todo lo que queda de la antigua aldea o misión de Orosi, fuera de la iglesia y de un convento abandonado. Estos dos edificios tienen más de ciento sesenta años. El padre Acuña nos refirió que permanecieron firmes en 1841, en tanto que a su alrededor y en todas direcciones, caían las casas y los árboles y se agrietaban hasta las montañas. Fue una milagrosa excepción. En todo caso, tal era su convencimiento, y el sacerdote ejemplar así lo confesó con voz y ademán suaves y solemnes. Los únicos objetos interesantes que había en el convento, eran algunos libros empolvados en un estante metido en un nicho mohoso y un avispero enorme cuyos calamitosos habitantes zumban continuamente. Los libros estaban escritos en latín, obras raras de los padres de la Iglesia. El templo es muy oscuro, muy mohoso y huele a sepulcro viejo; pero está lleno de tesoros. Tiene ocho can-



Los indios de Cartago utilizaban el pilón para sacar el café de su consumo personal. Este sistema primitivo, se practica todavía en muchos pueblos de Costa Rica.

deleros de plata, una lámpara que pesa treinta libras de plata y un crucifijo del mismo metal, de seis pies de altura. Tiene relicarios incrustados de perlas y rubíes, custodias de oro, misales iluminados y con cierres de oro macizo tachonados de carbunclos; y el padre Acuña nos dijo que todos estos tesoros estaban seguros en las manos de los pobres indios de Orosi. En el santuario hay también tres sillones con patas y brazos dorados y espaldares y asientos de vaqueta carmesí dorada. Son muy sólidos, muy originales y muy ricos. El púlpito es de estilo diferente y se vendría al suelo con cualquier declamador que siendo tan corpulento y fogoso como el predicador de Hudibras, se pusiese a denunciar al diablo con el entusiasmo del caso. Todo lo que oímos referir en favor de los indios de Orosi, o que fuese de algún interés respecto de ellos, fue esta su piadosa guarda de los tesoros de su iglesia. Se nos dijo que eran perezosos y excesivamente ignorantes. Se nos dijo que eran vilmente arteros e inclinados al robo tratándose de toda clase de objetos profanos. Todo esto lo dijeron el padre Acuña y otro caballero fidedigno. Una ojeada nos convenció de que eran sucios, de que hacían poco o nada para ganarse la vida y de que acerca de Costa Rica sabían tanto o ésta les importaba tanto como si se tratara de Laponia. Por ejemplo, cuando preguntamos a Pedro, el hijo del difunto rey, si recordaba el tiempo de los españoles, abrió tamaños ojos y boca y se rascó la vieja y sudorosa cabeza como si le hubiésemos planteado un problema de Euclides.

—¿Cuáles españoles?—nos preguntó a la postre riéndose.

Procuramos explicárselo; pero Pedro no sabía nada de ellos, ni una jota; no había sabido nunca que en el país hubiese habido tales españoles. Ahora bien, esto era bastante imperdonable, porque los españoles liaron el petate en 1821, y Pedro, como lo he dicho ya, tenía sesenta y dos años cuando se le hizo la pregunta.

Con decir que tienen un alcalde de su misma gente y están exentos del servicio militar, dejó consignado todo lo que es digno de atención respecto de los indios de Orosi; y lo que de ellos he dicho es aplicable a las demás tribus y pueblos indígenas comprendidos dentro de los límites de Costa Rica, con la única excepción de los talamancas y guatusos.

Los talamancas habitan las vertientes del Atlántico y las tierras bajas situadas entre el río Estrella, que desemboca en Bocas del Toro, y el río Martina. En el año 1610, enardecidos por la rapacidad y las crueldades de los españoles, los talamancas se sublevaron súbitamente y mataron a los habitantes de la ciudad de Talamanca, situada en la margen izquierda del río de la Estrella, chorrearon oro fundido en la gargante de los que se habían hecho más odiosos y confundieron hombres, mujeres, sacerdotes, y niños en espantosa degollina. Subyugados parcialmente en 1660 por don Rodrigo Maldonado, quien organizó contra ellos una expedición armada y reedificó la ciudad de Santiago, los talamancas se alzaron de nuevo en 1707 y una vez más hicieron la guerra al extranjero con el cuchillo, el oro fundido y la tea devoradora. Aquella guerra era de exterminio y éste fue completo. La ciudad de Santiago, el castillo de San Ildefonso, las minas y los lavaderos de oro de la Estrella, apenas si son algo más que tradiciones desvanecidas. No habiéndose hecho desde 1707 ninguna tentativa de trascendencia para sojuzgarlos o dominarlos de algún modo, los talamancas, según las Notas de los misioneros que hace ocho años publicó La Gaceta, semanario de Costa Rica,

recayeron en el gentilismo y han vivido hasta aquí en estado de libertad salvaje. Esto es lo que refiere el periódico mencionado. Sin embargo, se dice que su índole es suave y de ningún modo agresiva o desfavorable para con los extranjeros que aciertan a penetrar en su territorio. La región que habitan tiene gran interés histórico. Comprende las tierras otorgadas por la Corona de España a los descendientes inmediatos de Cristóbal Colón. El descubridor del Nuevo Mundo entró en Bocas del Toro en 1502, motivo por el cual una de las muchas y lindas bahías que encierra este puerto sin rival, se conoce desde entonces con el nombre de Bahía del Almirante. La concesión territorial fue acompañada de un título de nobleza, el de Duque de Veragua. En el señalamiento de jurisdicción hecho a Diego Gutiérrez, primer Gobernador de Costa Rica, se exceptuó expresamente el Ducado de Veragua; pero algunos años después y mediante un convenio con don Luis Colón, hijo mayor del descubridor, fue incorporado a la Corona y se autorizó a los Gobernadores de Costa Rica para ocuparlo y administrarlo.

También se dice que en esta región estaban las famosas minas de oro y plata, con cuyo polvo y quijo se cargaban hace tres siglos dos galeones todos los años en la boca del río de la Estrella, destinados a Cádiz y cuya riqueza fue el motivo por que se dió a la costa y eventualmente a todo el país el nombre de Costa Rica. Pero después de la matanza de 1707 se perdió toda huella de esas minas; la selva impenetrable borró las pisadas de los españoles, las borró completamente y quizás para siempre; y todo lo que en Costa Rica y fuera de ella se sabe de las minas maravillosas de la Estrella y Tisingal, es lo que suministran las tradiciones populares y la fantasía de los indios.

“La región es árida—escribía un misionero en 1636 al Colegio de Propaganda Fide—, pero es indudable que en ella existen muchas minas ricas; en particular tenemos noticias de una rica mina de plata en un cerro que llaman San Mateo, del cual se sacaron grandes cantidades de ese metal en el siglo pasado; y a mí me ha dicho un indio convertido que los cabécares de hoy cuentan que después de la matanza de los españoles en 1610, se echaron grandes cantidades de oro en un lado donde todavía están”.

Antes de salir de San José se me informó que se suponía que un documento que suministraba mucha luz sobre el paradero de estos tesoros perdidos había ido a dar hace algunos años a los archivos de la Habana y que el presidente Mora había enviado un agente secreto a buscarlo. Como aparezca este documento y procure los informes codiciados, ya no tendrá Costa Rica necesidad de pedir empréstitos a Chile, la casa de Vandervilt, Hamburgo o el Perú.

Además de los talamancas, bien merecen especial mención como ya lo he dicho, las guatusos del Río Frío, así llamado por la baja temperatura de sus aguas. Este río está en las montañas septentrionales de Costa Rica y desemboca en el lago de Nicaragua, frente al fuerte de San Carlos. Para la raza blanca el valle del Río Frío ha sido un misterio durante más de trescientos años y sigue siéndolo todavía. Nadie puede decir qué gentes viven allí, cómo viven, cuáles son su sangre, religión, lengua y costumbres, ni de dónde vinieron. Todo lo que sabemos de cierto es que parecen haber jurado desde el principio, que ninguno que no haya nacido de ellas y entre ellas, ha de poner los pies en sus miserables dominios. Han repellido y castigado con fie-

reza a los que procedentes de fuera han pretendido entrar. Hasta expediciones armadas que penetraron por el lago fueron audazmente combatidas y rechazadas, como la que proyectó en 1783 el obispo Tristán, de Nicaragua, y la de 1849, capitaneada por Trinidad Salazar, de la misma República. Los misioneros católicos que entraron no parecen haber tenido mejor suerte; antes bien, fueron más lejos y con peor fortuna. Nunca se ha sabido que volvieran a salir. El Ilustrísimo don Francisco de Paula García Peláez, aludiendo a esto en su Historia de Guatemala, escribe: "Parece que esas montañas fuesen las puertas del infierno, donde no había salvación".

Tantos buenos sacerdotes desaparecieron así, que la Sede de Roma creyó conveniente, hace unos ciento cincuenta años, privar a la inexcrutable región de los beneficios del clero. No se volvió a permitir que en ella entrasen sacerdotes. Mr. Squier se inclina a creer que los guatusos sean náhoas, o sean de verdadera raza azteca, y que siguen siendo tan poco conocidos y se les molesta tan poco como en tiempos de la conquista española. Las últimas noticias que a ellos se refieren, se publicaron en la Crónica de Costa Rica del 9 de diciembre de 1857 y las suministró un oficial al servicio de Costa Rica. Son como sigue:

—“Entre las faldas de los altos volcanes de Miravalles y Orosi y el río San Carlos, se extiende una vasta y fértil llanura habitada por los salvajes vulgarmente llamados guatusos. Se dice que esta tribu procede de los colonos que huyeron de Esparza cuando los antiguos filibusteros la quemaron, y cuantos han llegado a verles aseguran que son blancos, barbados y que practican cierto sistema de disciplina militar. Este pueblo extraño a Costa Rica y que habita una de las más ricas y útiles zonas de su territorio, picó mucho nuestra curiosidad en la expedición contra los filibusteros en el río San Juan. Dos veces entramos con el general por el Río Frío con el intento de explorar la comarca, sin hallar lugar propicio para el desembarco. Después de terminada la campaña, el coronel don Lorenzo Salazar entró por dicho río más de tres leguas en el vapor Bulwer, pero tuvo que abandonar la empresa y devolverse por orden superior.”

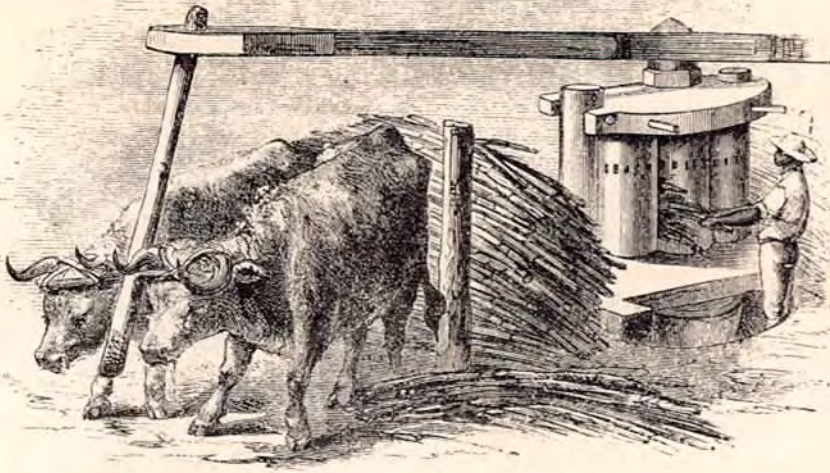
Por último, tal vez sea interesante decir que la noche que pasamos en Esparza conocimos a un teniente coronel que acompañó a la división costarricense que a las órdenes del coronel George Cauty bajó por las montañas situadas al nordeste y más allá de Alajuela, entrando en el San Juan por el San Carlos, en la época en que fueron brillantemente tomados los vapores, los fuertes y todo lo demás que estaba en posesión de las fuerzas del general Walker. Al pasar la retaguardia de esta división por la montaña, entre las cabeceras del Río Frío y las del San Carlos, recibió una granizada de flechas desde la maleza. La retaguardia replicó con balas de fusil y de carabina Miné. Se oyó un grito agudo en la montaña, a la vez que las ramas crujían como si algo huyese precipitadamente. Los soldados avanzaron hacia el lugar de donde salieron las flechas y, habiendo abierto un camino con sus machetes por entre la maleza, encontraron el cuerpo casi desnudo de una linda mujer de perfecta blancura y exquisitas formas. Había sido mortalmente herida. El rojo manantial que brotaba de su pecho, corría veloz y abundante. Para los soldados que la levantaron cuidadosamente no tuvo una palabra ni una mirada; dejó caer la cabeza hacia atrás y se quedó muerta, y como seguían el crujir de ramas, los soldados se pusieron a escuchar conteniendo el resuello

y escudriñando la selva con ojos de halcón, pero tuvieron que reanudar la marcha. Forzosamente había que perder tiempo o desviarse; de modo que después de enterrar el hermoso cadáver blanco en la selva aromática, siguieron adelante triste y solemnemente impresionados por la creencia de que a la sombra ceñuda de los volcanes de Miravalles y Orosi y en las honduras de aquellas aguas frías, hay un misterio que todavía está por salir a la luz.

En la tarde del día de nuestra visita al valle de Orosi y cabalgando por el desfiladero a lo largo del cual ruge y va dando tumbos el río Naranjo, llegamos a la entrada de la hacienda de Navarro en el momento de ponerse el sol. Es un hermoso hogar inglés, clavado en el corazón de las montañas de Costa Rica.

Invitados por su propietario, Mr. Young Anderson, quien bondadosamente nos acompañó desde Cartago, echamos pie a tierra a la entrada y dos muchachos indios, granujas, sucios y sudorosos de la tribu de Orosi, se llevaron los caballos al potrero. La casa está situada en un cerrito, redondo y verde como un rath irlandés, desde el cual se domina la confluencia de los ríos Naranjo y Agua Caliente y un jardín repleto de piñas, limones dulces, naranjas, membrillos y mangos. Abundan allí las campánulas blancas, las dalias, los lirios rojos, los helechos arborescentes, las palmeras altivas, y, a mayor altura que todos, se yergue el turrá con su vestimenta de corteza de plata y sus guirnaldas de nidos de césped tejidos por las oropéndolas, unos pájaros de plumaje oscuro pero brillante.

Temprano de la mañana siguiente, después de habernos despedido de tanta belleza apacible y de nuestro hospedador cortés y afable, salimos en compañía de Pedro para la cascada del Río Macho, una catarata tremenda que da un salto de 300 pies sin interrupción. Los indios de Orosi cuentan que en el remanso verde y brillante en que se despeñan esas aguas está la cuadra de una mula encantada, y que de noche, cargada de oro y plata, la mula sale nadando a la superficie, trepa por las grandes rocas escarpadas que se alzan sobre el remanso y corriendo por el monte va a depositar su caga en un matorral, o en una caverna que todavía no ha sido descubierta y probablemente no lo será nunca. De camino para la catarata pasamos por la hacienda de general Montero, jefe militar de Cartago, donde en medio de la abundancia padecimos todas las incomodidades de una parada en el desierto, debido a la sobria urbanidad del galante propietario. Esta finca, conocida en todo el país por la riqueza de sus pastos, está limitada en dos lados por grandes cerros erizados de cedros rojos donde habitan ciervos, cabras de monte, palomas, conejos y tepezcuintles, un cruzamiento de liebre con conejillo de Indias, cuya carne es más deliciosa que la del venado. Un momento antes de llegar a la catarata, nos apedreó una manada de monos encaramados en los más altos copetes de los árboles debajo de los cuales íbamos caminando; nos apedrearon furiosamente con ramas quebradas, pedazos de corteza de árbol, puñados de hojas y orquídeas. Estos monos tenían el cuerpo negro y la cara blanca y, especialmente dos de ellos, me hicieron recordar a los porteros viejos de la Cámara de los Comunes, tan negro era su vestido y tan blanca su peluca. Como el asalto seguía y nos causaba bastante molestia, tuvimos que hacer fuego contra los amotinados; pero hasta que tres de ellos, inclusive uno de los porteros, vinieron al suelo por entre las ramas que los protegían mucho de las balas, no se dispersó la chusma.



Trapiche para la fabricación de dulce, artículo de consumo popular.

Pedro tenía un defecto peculiar. Pretendía saber botánica, geología historia natural, y varias otras ciencias y materias, tocante a las cuales un moderado conocimiento de dos o tres de ellas habría hecho de él un compañero inapreciable para los filósofos que siguiendo sus pasos continuaban corriendo tras lo sublime, lo curioso y lo bello.

Don Ramón le preguntaba:

—Qué palmera es ésta, Pedro?

—La conozco—contestaba Pedro instantáneamente—la conozco, es una palmera.

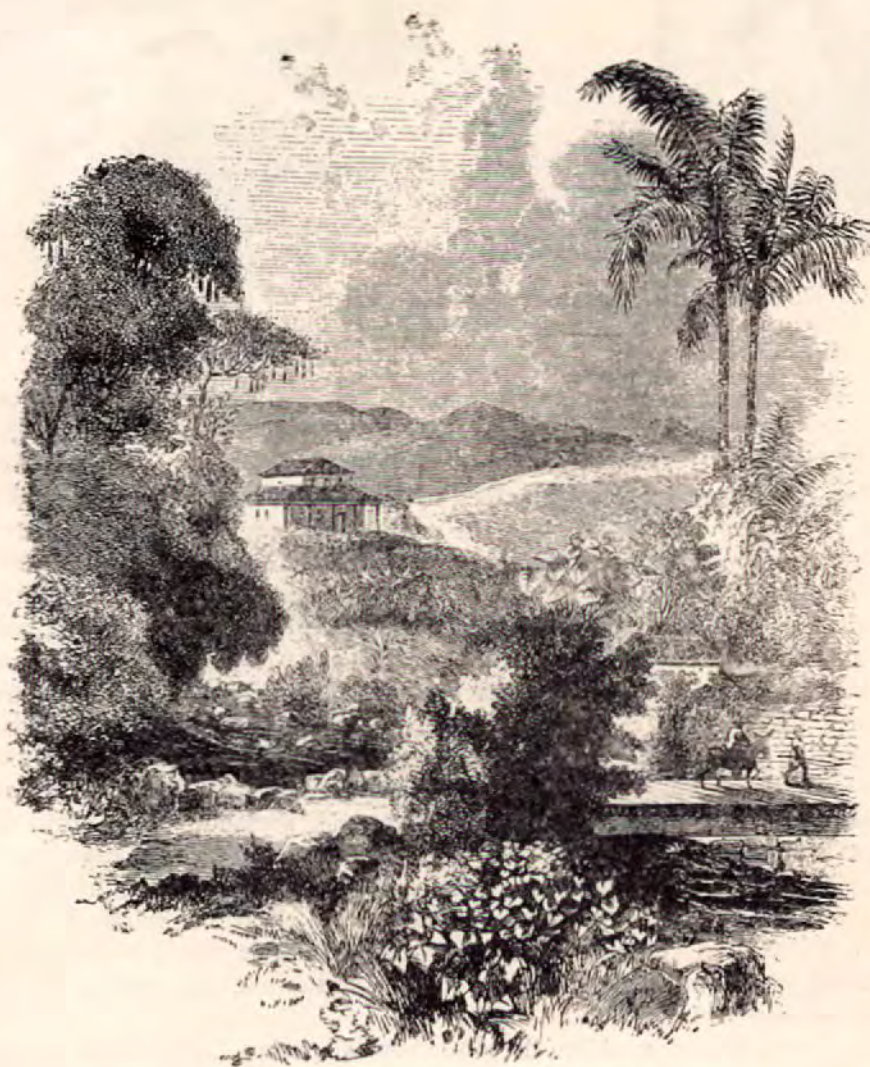
—Y este pájaro? Qué pájaro es éste?

—Lo conozco—contestaba suavemente el impostor—es un pájaro.

Al principio esto resultaba molesto; pero encantusados por su buena índole, pronto le perdonamos llegando por último a la conclusión de que Pedro era perfecto. Guiados por él y con su ayuda segura visitamos muchos lindos lugares, solitarios y espléndidos, atravesamos fríos y rápidos torrentes, negras barrancas, caminando a lo largo de precipicios, subiendo y bajando montañas con trabajo, pasando por entre espesos matorrales y selvas sombrías; selvas en que por entre el follaje de los más altos cedros pasa como un meteoro el quetzal, el pájaro de plumaje blanco y carmesí, verde y oro, el pájaro imperial y sagrado de México, cuyas plumas sutiles que parecen palmas alcanzan a menudo a una longitud de cuatro pies y que nadie, excepto el emperador, podía usar; selvas en que algunas veces, pero a largos intervalos, tropezábamos con la mica o serpiente azotadora, la cual, cuando está irritada, fija la cabeza de plano en el suelo y azota con el cuerpo a diestra y siniestra, levantando ampollas como un manojo de ortigas; selvas en que en otras ocasiones nos encontramos con la coral, linda e infensiva serpiente con sus escamas negras y rojas de anillos alternos, y en que una vez nos señalaron la víbora de sangre, el más mortífero de los reptiles, cuya mordedura provoca

en la víctima, hombre o bruto, un intenso sudor de sangre por todos los poros y hasta la última gota.

Al atravesar el valle de Ujarrás visitamos la plantación de café del Doctor Gregorio Guier, de Filadelfia, donde recibimos una hospitalidad cordial; encontramos otra manada de monos que demostraron furiosamente sobre nuestras cabezas su aversión por los extranjeros; visitamos la cascada de los Berbis, más grandiosa aún que la del río Macho y cuyo torrente, al despeñarse de un resalte abrupto, no es más que un espolvoreo nebuloso en el precipicio, quinientos pies más abajo; comimos, bebimos, hablamos de política absurda, gritamos la Marsellesa, charlamos largamente acerca del destino manifiesto, nos tendimos sobre unas vaquetas, fumamos, volvimos a beber y, por último, nos dormimos oyendo rugir el Reventazón.



Llegando a la casa de la finca Navarro.



Preciosa vista de la carretera al Volcán Poás construida por la empresa "El Ingenio" de don Francisco Jiménez Ortiz.

Habiendo salido al amanecer de la casa del Doctor, anduvimos varias millas con Pedro por una angosta ciénaga que se extiende a lo largo de las montañas de Cervantes. Laureles gigantes, helechos arborescentes, robles y cedros, higueros de copas enormes tendían sus ramas, las entrelazaban o se erguían a gran altura sobre la senda mojada, a la vez que la cortaban arroyos murmurantes que iban a despeñarse en el precipicio que estaba abajo. Reinaba un profundo silencio que tan sólo rompían por instantes las agudas notas de clarín del pavo de monte, la nervosa estampía del venado por entre la maleza, el arranque del pavo real salvaje, el crujido del trapiche moliendo cañas de azúcar en algún descampado solitario de la selva, las voces cavernosas de los monos aulladores, o el retumbo de lejanos truenos. Al despuntar el día entramos en la finca de caña de azúcar del Naranjo, una de los mejores del país, y allí nos desayunamos con naranjas, cogiendo las frutas del árbol sin desmontarnos de la mula. Hecho esto, seguimos adelante, cuesta abajo de un cerro sumamente escarpado. La vegetación fue haciéndose cada vez más exuberante y el aire más cálido, hasta que por último, mirando hacia lo alto desde el valle en que bajamos, vimos aparecer en el cielo el volcán de Turrialba o Torre Alba, con su gran columna de humo y de fuego, rodeado de una floresta impenetrable de palmeras, remoto, misterioso, pavoroso y, según dicen, inaccesible.

Este volcán es objeto de terror para el pueblo. Su candente agonía es incesante, ningún pie humano ha hollado su cumbre, nadie ha osado realizar semejante proeza; y el pobre indio, cuya mente nublada se hace más oscura

y tenebrosa con la religión, cuenta que allí vive el espíritu malo y que los que se aventuran a subir, perecen. La espesa selva virgen, las barrancas y los precipicios, los vastos campos de lava, la roca desnuda, lisa y perpendicular de varios pies de altura que de éstos se desprende y llega hasta los labios del cráter embravecido: tales son las cosas que hasta el día de hoy han hecho que este volcán sea objeto de espanto e inescrutable.

Tres semanas después de nuestro viaje a caballo al valle de Turrialba crucé las cordilleras, y habiendo bajado hasta El Muelle y navegando en un bongo desde este lugar por el Sarapiquí y el San Juan hasta Greytown, fui huésped, a bordo de la corbeta de guerra Jamestown de los Estados Unidos, de su genial y amable capitán. Don Ramón había regresado a Panamá por el camino que seguimos a la ida.

Volviendo la cabeza hacia atrás para mirar las montañas en que pasamos estas agradables vacaciones, ví el volcán de Torre Alba arriba en el cielo, ardiendo a la luz gris del amanecer y me pareció que estaba situado en otro mundo, tan remoto y aislado aparecía. Y no pude dejar de sentir tristeza y vergüenza al pensar que es desconocido como si en realidad perteneciese a otro mundo situado a millones de millas de nosotros; que los habitantes más cercanos a él son los que más temen penetrar en la soledad que lo rodea y que hasta aquel momento seguía allí en su grandeza inviolada, provocando, a la vez que las repele, la curiosidad y la intrepidez de los que quisieran añadir este nuevo trofeo a las conquistas de la ciencia y a la audacia del siglo; pero cuando mis pensamientos se encaminaron al país del cual la bandera que ondeaba sobre mi cabeza es el símbolo resplandeciente; cuando al propio tiempo acudieron a mi mente las proezas de sus exploradores y se agolparon ante mis ojos sus descubridores y armadas, nació en mis adentros la convicción de que llegará el día en que el oro de la Estrella volverá a salir a luz, en que se darán a conocer los secretos del valle del Río Frío y será escalado el Turrialba. En esa columna que durante el día es de humo y durante la noche de fuego, leo la promesa solemne de libertad para el país; de riqueza y poderío en vez de relativa insignificancia y humilde suerte; de que el desierto se trocará en jardín, y de que los hombres que desde las extremidades de la tierra vayan a las altiplanicies que allí hay, encontrarán la felicidad de mayor pureza, una altura imponente y un aspecto más brillante.

Para contemplar esta visión interna y revelarla audazmente, no es menester el don de profecía, ni una filosofía aventurada que deduzca sus predicciones de las leyes de la ciencia o del análisis del progreso humano, ni siquiera ese espíritu poético que algunas veces procura al indocto la sapiencia del filósofo y al profano la infalibilidad del profeta. Con el gran Libro de la Naturaleza en la mano, libro abierto para todos, que todos pueden leer y del cual los cerebros más humildes dejan rara vez de sacar lecciones de alta fidelidad y expansiva prescindencia, predigo una renovación sin ejemplo a la tierra del vencido azteca.

Permanente valla contra los avances de los dos grandes mares, alzándose por grados desde su nivel en una serie de extensas mesetas, cada una con su fauna y su flora peculiares, cada cual con su suelo y su clima propios, con su adaptabilidad a una condición física especial; desarrollando así, paso a paso, todos los fenómenos de la creación hasta que en Costa Rica, a una altura que varía de tres a cuatro y seis mil pies se extiende en vastas altipla-

nicies cortadas por sierras paralelas o transversales, coronada por fortalezas como la del Turrialba y prodigando mensajes de salud y fecundidad en forma de lluvias que no faltan nunca, Centro América brinda al amante de la Naturaleza—como lo dice el señor Astaburuaga—al hombre de ciencia, al agricultor, a los que prefieren las faenas pastoriles, a los que codician los metales preciosos, al mercader más ambicioso e insaciable, así como a todos los trabajadores y aventureros de cualquier modo que se llamen, un campo de incomparable novedad y riqueza inagotable. En una palabra, las montañas, los ríos, las minas, los valles en que abunda, llenos y rebosantes de los tesoros de la Naturaleza, constituyen de por sí un nuevo mundo que en la oscuridad parcial que lo envuelve parece haber sido reservado por una Providencia de visión infinita para las futuras generaciones, y como una muestra de felicidad y gloria que será superior a la fortuna y proezas de hoy en día, tan justamente apreciadas y aplaudidas.



El Volcán Turrialba.

INDICE

	<i>Página</i>		<i>Página</i>
LOS EXTRANJEROS EN COSTA RICA		Hace muchos años	104
Referencias generales acerca de los primeros extranjeros que llegaron al país durante el siglo XIX	7	Higiene Pública en el año de 1900	104
LA DEMOCRACIA COSTARRICENSE	27	Epidemiología hasta el año de 1900	105
LOS PARTIDOS POLÍTICOS	33	Instituciones de Higiene Pública en el siglo XIX	118
LOS GASTOS DE UNA CAMPAÑA POLÍTICA	40	Los Cementerios	124
LA LIBERTAD ELECTORAL	41	Profesión Médica y Farmacéutica hasta 1900	137
El Licdo. don Luis Fernández Rodríguez, Secretario de Estado en el Despacho de Gobernación	43	Lista de Médicos, Farmacéuticos, Dentistas y Obstétricas en Cesta Rica desde 1806 hasta 1900	137
LA REELECCION del Licdo. don León Cortés	45	LA HIGIENE PUBLICA	145
LA EDUCACION NACIONAL	50	Laboratorios de Salud Pública	145
Epoca Colonial	52	Certificado obligatorio para expendedores de alimentos	145
La Casa de Enseñanza de Santo Tomás	53	Laboratorio Químico	146
El Bachiller José Francisco Osejo	53	Sección de Maternidad	147
Influencias culturales extranjeras	56	Enfermeras Visitadoras	147
La Universidad Nacional	56	Sección de Protección a la Infancia	148
Profesores extranjeros	57	Departamento Sanitario Escolar	148
Los Jesuitas en Costa Rica	58	Clínica Médica	149
La Constitución de 1869 y la enseñanza gratuita	58	Clínica Dental	149
La Ley General de Educación Común	59	Clínica Optica	150
El Sistema Decroly	61	Asistentes Sanitarias Escolares	151
El Kindergarten Moderno	62	Higiene Mental	151
Escuelas Internacionales de la América Latina	63	Farmacia	151
Escuela de Comercio Castro Carazo	66	Epidemiología	151
Instrucción Primaria	68	Lucha anti-venérea	152
Socialización de la Enseñanza	70	Lucha anti-tuberculosa	153
Desarrollo de la Enseñanza Secundaria	72	Ingeniería Sanitaria	153
Enseñanza Secundaria de la Mujer	79	Malariaología	153
Sistemas y métodos de Enseñanza Secundaria	81	Departamento Jurídico	153
Enseñanza Normal	85	Estadística Vital, Educación Sanitaria y Biblioteca	154
El Licdo. don Alejandro Aguilar Machado, Secretario de Estado en el Despacho de Educación Pública	96	Agencias Principales de Policía de Salubridad	155
SALUBRIDAD, BENEFICENCIA Y PROTECCION SOCIAL	97	Departamento de Drogas Estupefacientes	155
El Doctor Antonio Peña Chavarría	97	Proveeduría de Drogas, Vacunas e Inyecciones	155
El Doctor Alfonso Acosta Guzmán, Secretario de Estado en el Despacho de Salubridad Pública	98	Unidades Sanitarias	155
El progreso en los últimos años	99	Consejo Superior de Salubridad Pública, Beneficencia y Protección Social	157
Gastos anuales de la Secretaría	102	Beneficencia Pública	157
Organización general	102	Las principales Instituciones de Beneficencia	159
		El Licdo. don Alberto Echandi	162
		El Doctor Santiago Hogan	163
		El Doctor Rafael Calderón Muñoz	165
		El Doctor Luciano Beeche Cañas	166
		El Doctor William Sharpe	168
		Enfermeras del Hospital San Juan de Dios	169
		Los cuatro Médicos Directores del Asilo Chapi	172

	<i>Página</i>
RELACIONES INTERNACIONALES	173
Cuerpo Diplomático de Costa Rica acreditado en el extranjero	174
Cuerpo Diplomático extranjero acreditado en Costa Rica	175
Organizaciones Internacionales	183
La Unión Panamericana	183
Las Conferencias de Mediación entre Nicaragua y Honduras, celebradas en San José de Costa Rica	185
Acta de la sesión solemne de instalación de las Conferencias de Mediación	187
Acta de la sesión XXVI celebrada por la Comisión Mediadora en 10 de diciembre de 1937 y texto del Pacto de Recíprocos ofrecimientos firmado por los señores miembros de la referida Comisión	189
Suspensión de las actividades de la Comisión Mediadora el 18 de diciembre de 1937	192
La Unión Centroamericana	193
Los Secretarios de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores	193
El Licdo. don Manuel Francisco Jiménez	194
El Licdo. don Tobías Zúñiga Montúfar	194

LOS LIMITES DE LA REPUBLICA DE COSTA RICA	197
Comentarios del autor	197
Origen del Tratado Cañas-Jerez	199
Tratado Cañas-Jerez de 15 de abril de 1858	205
Ratificación de Costa Rica al Tratado anterior	209
Canje de las Ratificaciones del Tratado Cañas-Jerez, hecho personalmente en Rivas de Nicaragua por los Presidentes Mora y Martínez	209
Traducción de una interesante crónica escrita en 1858 por el empresario francés don Félix Belly, quien acompañó en su viaje al Presidente Mora	209
El Canal de Nicaragua y el empresario señor Belly	209
Convención Arbitral de 24 de diciembre de 1886 entre Costa Rica y Nicaragua, para el nombramiento del señor Presidente Cleveland, de los Estados Unidos, como árbitro con motivo del Tratado Cañas-Jerez	230
Informe del Subsecretario de Estado de los Estados Unidos, señor George L. Rives al Señor Presidente Cleveland, que sirvió de base al Laudo	231
Fallo arbitral del señor Presidente Cleveland declarando la validez del Tratado Cañas-Jerez	252
Demarcación de las fronteras con Nicaragua	256
Convención para el trazado y amojonamiento de dichas fronteras	257
Preparativos de guerra entre Costa Rica y Nicaragua en 1898	258
Nueva convención entre Costa Rica y Nicaragua, firmada a bordo del crucero Alert el 26 de abril de 1898	261
La Comisión de Costa Rica demarca y amojona la frontera con Nicaragua	261
Doctor Francisco Cordero Quirós	261
Acta final de las Comisiones de Costa Rica y Nicaragua, firmada en Managua el 24 de julio de 1900	265

	<i>Página</i>
LIMITES CON LA REPUBLICA DE PANAMA	266
Datos biográficos del Doctor José María Quijano Otero	267
Comentarios del autor al proyecto de arreglo de las dificultades fronterizas con Panamá	271
Fallo arbitral del Chief Justice White	275
Incidentes	275
Doctor Juan D. Arosemena, Presidente de Panamá	306
Tratado de Límites entre Costa Rica y Panamá. Exposición de nuestro Secretario de Relaciones Exteriores, Licdo. don Tobías Zúñiga Montúfar al Congreso Constitucional	307
Don Francisco de la Espriella, Plenipotenciario de Panamá	312
Valiosa opinión del ex-Presidente de la República Licdo. don Ricardo Jiménez	341
Texto del Tratado Zúñiga-de la Espriella	348
Acta firmada por los señores Diputados el 8 de octubre de 1938, aconsejando el retiro del Tratado anterior	351

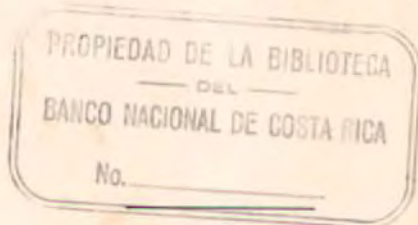
LA CANALIZACION DEL RIO SAN JUAN	351
Visita del Señor Presidente de Nicaragua, General Anastasio Somoza, al Presidente Cortés	353
Se inician las conversaciones sobre canalización, con motivo de la llegada a Costa Rica del Doctor Manuel Cordero Reyes, Secretario de Relaciones Exteriores de Nicaragua	355
Texto del Tratado de Canalización propuesto por el Gobierno de Nicaragua	356
Estudio jurídico del Licdo. don Manuel Francisco Jiménez, miembro de la Comisión Consultiva de Costa Rica acerca de la canalización	363
La Legación de Nicaragua en Costa Rica da a conocer los proyectos de canalización	372
El señor Presidente Cortés convoca una Asamblea de ciudadanos para dar a conocer la actitud del Gobierno de Costa Rica en cuanto a los proyectos de canalización del río San Juan	374
Texto del informe rendido por los ingenieros don Renán Méndez y don Fernando A. Aragón acerca de los estudios previos a la canalización	375
El señor Cortés explica su actitud	380
La Asamblea de ciudadanos. Opiniones emitidas:	
Licdo. don Tobías Zúñiga Montúfar	380
Don Ricardo Fernández Guardia	381
Licdo. don Carlos María Jiménez	381
Licdo. don Víctor Guardia Quirós	381
Licdo. don Manuel Sáenz Cordero	382
Licdo. don Horacio Castro Rodríguez	382
Licdo. don Teodoro Picado	383
Licdo. don Manuel Castro Quesada	384
Licdo. don Alberto Echandi	384
Licdo. don León Cortés	384
Licdo. don Luis Anderson	385
Licdo. don Raúl Gurdían	385
Ex-Presidente de la República don Julio Acosta	386
Licdo. don Octavio Beeche	387
Ingeniero don Ricardo Pacheco Lara	387

	Página		Página
Moción que aprueba la conducta del Gobierno de Costa Rica en cuanto a la forma en que se ha tratado el asunto de la canalización del río San Juan	388	La Bolsa del Café	477
Informe cablegráfico de nuestro Ministro en Washington	388	Don Felipe Herrero	477
Regreso del Doctor Cordero Reyes a Nicaragua	388	Junta de Liquidaciones del Café	477
LA TIERRA INCOGNITA	390	BANANOS	478
El Lago de Nicaragua	392	LA UNITED FRUIT COMPANY	478
Exploración del río San Juan	395	El comercio de bananos	482
Las llanuras del Tortuguero	398	El criterio nacionalista	483
Los indios guatusos	400	Importancia económica del cultivo del banano	484
Una exploración interesante	403	El banano como cultivo	487
En busca de un camino	407	Los trabajos sanitarios de la United Fruit Company en las zonas bananeras	489
La primera colonia	409	La United Fruit Company y el Canal de Panamá	492
Las llanuras de Santa Clara	412	El Departamento Médico de la United Fruit Company	495
El General Guardia hace una exploración	414	Las serpientes venenosas en las zonas tropicales	500
Monseñor Thiel en tierras de los Guatusos	417	El Doctor Clodomiro Picado	500
Nuestras bellas lagunas	419	Consideraciones generales	501
SECRETARIA DE HACIENDA Y COMERCIO	423	La United Fruit Company como propulsora del turismo	502
Rentas Nacionales	423	LA COMPAÑIA BANANERA DE COSTA RICA Y LA ZONA DEL PACIFICO	503
Resguardos Fiscales	426	La población de Parrita	505
La Deuda Pública	427	El río Grande de Térraba y las llanuras del mismo nombre	509
Los Secretarios de Estado	427	El muelle de Quepos	510
El Licdo. don Raúl Gurdíán	428	Golfito	517
Don Francisco de Paula Gutiérrez	428	Contratos Cortés-Chittenden	519
El Licdo. don Everardo Gómez Rojas	429	LA CAÑA DE AZUCAR	521
La riqueza pública	429	Talleres de Pinto y Carazo	522
EL CAFE DE COSTA RICA	430	EL TABACO	523
El arbusto del café	432	LA TABACALERA COSTARRICENSE S. A.	523
El café arábigo	435	LAS INSTITUCIONES BANCARIAS DE COSTA RICA, desde 1851 hasta 1939	529
La fruta y el grano	438	La situación bancaria de Costa Rica en 1939	537
Estructura de la fruta	439	Banco Anglo Costarricense	538
Estructura del grano	440	Don Eduardo Cartillo, Gerente	540
Análisis microscópico de la fruta del café	441	Don Antonio F. Cañas, Sub-Gerente	541
Valor del análisis microscópico	441	Banco de Costa Rica	542
Composición Química del grano de café	441	Don Jorge Hine, Gerente	543
Café verde	442	Don Alberto Ortuño, Consejero Honorario	544
Principios aromáticos del café	443	Don José J. Alfaro Iglesias, Sub-Gerente	545
Aceite y grasa del café	445	Banco Nacional de Costa Rica	545
La química de la torrefacción del café	446	Don Julio Peña Morúa, Gerente	547
Propagación del café	447	Don Alfredo Borbón Sub-Gerente	549
El romance del Capitán Gabriel De Cidue	450	Don Angel Coronas Guardia, Sub-Gerente	549
La introducción del café a Costa Rica	453	Modificación de la Ley constitutiva del Banco Internacional de Costa Rica	549
Sistemas de cultivo y beneficio	459	Doctor Hermann Max	551
Cultivo. Los semilleros	459	Reorganización y transformación del Banco Internacional de Costa Rica	552
Almacigales	460	Ley General de Bancos	561
Resembra	461	Crédito Hipotecario de Costa Rica	564
Recolecta	461	Banco Crédito Agrícola de Cartago	564
Despulpado	463	Don Alfonso Maroto, Gerente	566
Criba	463	Don Alberto Quirós Troyo, Sub-Gerente	566
Pilas de fermentación	464	Banco Nacional de Seguros	569
Secadoras	465	Cuerpo de Bomberos	572
Manteados. Victor Aguilar	465	Monopolio de Gasolina	573
Zaranda	465	Don José María Arce, Gerente	573
Elevador	465	Don Andrés Brenes, Sub-Gerente	573
Descascaradoras	466		
Clasificadora	466		
La sombra de los cafetales	467		
Enfermedades del café	469		
Calidades del café de Costa Rica	469		
Mercados principales	470		
Oro y pergamino	471		
Fletes terrestres y marítimos	471		
Instituto de Defensa del Café de Costa Rica	473		

	<i>Página</i>
SECRETARIA DE FOMENTO	574
Ingeniero Ricardo Pacheco Lara, Secretario de Estado	574
Ferrocarril Eléctrico al Pacífico	575
Puntarenas, puerto terminal	579
Electrificación	580
Muelle de Puntarenas	582
La Administración del Ferrocarril en los últimos años	583
Licdo. don Claudio Cortés Castro, Administrador	583
Cañería de Puntarenas	586
Ing ^o Arturo Tinoco Jiménez	586
Ing ^o Rodolfo Zúñiga Quijano	586
Fuente de Ojo de Agua	587
Carretera Interamericana 196, 198, 200, 202, 204, 206, 210	588
El Aeropuerto Internacional de Costa Rica	589
The Panamerican Airways Co.	592
Empresa Nacional de Transportes Aéreos ENTA	593
Empresa de Transportes Aéreos Centroamericanos TACA	597
Mr. Lowell Yarex, fundador de la TACA	598
SERVICIOS PUBLICOS DE FUERZA Y LUZ	603
Inauguración del alumbrado eléctrico en 1884	603
El aviador francés Tercé	604
La primera planta eléctrica	605
Mr. Theodoro H. Zink	607
Don Francisco de Mendiola Boza	608
Felipe J. Alvarado y Co.	609
Don Roberto Jiménez	609
Felipe J. Alvarado & Co. Sucs.	609
Compañía Nacional Hidroeléctrica	609
The Electric Bond and Share Company	610
Curiosidades nacionales	610
Servicio Nacional de Electricidad	611
Los Vicepresidentes de la American and Foreign Power Co. en Costa Rica	614
Mr. Steinhart, Mr. Moseley, Mr. Harsen	614
El Doctor Máximo H. Zepeda	614
El Dr. Eduardo Salazar Gómez	294 614
Mr. Marion G. Reed, Gerente de las Compañías	615
Reforma de instalaciones de postes y líneas, 389, 402, 410, 416, 419, 422, 606, 608, 614	618
Compañía Eléctrica de Cartago	615
Compañía Eléctrica de Turrialba	616
Compañía Eléctrica de Limón	616
Compañía Eléctrica de Puntarenas	616
INDUSTRIA Y COMERCIO	619
Cervecería Traube	619
Industrias Erizo S. A.	631
José Manuel Llobet	633
Don Oscar Llobet	633
Monseñor Víctor Sanabria	633
Llobet & Riba	634
Fábrica de Jabones y Velas de Lafuente y Segovia	639
Musmanni Hermanos, fábrica El Progreso	655
Empresa Industrial El Trópico, S. A.	656
Fábrica de Tejidos Saprissa, S. A.	659
Don Ricardo Saprissa	661

	<i>Página</i>
La Tienda de don Manuel Carazo en 1858	524
Almacén de don Federico Aymerich	260 352
Almacén Delcore, Aronne & Co., 278, 286	354
Almacén Feoli & Co.	453
Almacén Koberg & Co.	629 630
Almacén La Despensa, de don Francisco Díaz e Hijos	290 640
Almacén Pandolfi Hermanos	236 258
Almacén de F. Reimers & Co.	434 641
Almacén Robert Hermannos	637
Ferretería Miguel Macaya & Co.	642
Tienda La Gloria de E. Crespo y Co.	396
Tienda de José Luis Moya	262
Botica Oriental	650
Licdo. don Francisco Jiménez Núñez	651
Nueva Botica de San José	389
Joyería Müller	265 461
Empresas de Transportes	643
Don Agatón Lutz	644
Don Juan Revilla	644
Construcciones Lutz	644
Alajuela Auto-Transportes S. A.	645
Empresa de Auto-tranvías Corella	646
Don Rafael Corella	642
Taller de Carrocería de Antonio Muñoz	648
La Casa de las Bicicletas	649
Centro de Sport	268
Petit Triañón	654
Salón Curling	655
Gran Hotel Costa Rica, 391, 398, 414, 479, 502, 504, 510, 519	520
Hotel Europa	652
Hotel Metrópoli	614 652
Hotel Rex	653
Club Unión	32, 76, 326, 330 332
Abono Humber	428
Abono Nitrophoska	434
Casa Bayer	304
Garage León	308 657
Sastrería de Jorge Ramírez Valido	658
Ottis Mc Allister & Co.	470
Agencias Unidas	471
Tournon & Co.	472
EMIGRADOS POLITICOS	663
General José de Lamar	663
General Gerardo Barrios	663
General Eloy Alfaro	664
Don Tobías Zúñiga Castro	664
Don César Borja	664
General Máximo Jerez	664
Doctor Antonio Zambrana	664
Doctor Lorenzo Montúfar	665
General Manuel de Quesada, Comandante en Jefe del Ejército Libertador de Cuba	667
Licdo. Tomás Garrido Canabal	673
Ing ^o Alonso Garrido Canabal	673
Don Vicente Mejía Colindres	673
Doctor Venancio Callejas	673
Doctor Angel Zúñiga Huete	673
Doctor Rafael Medina Randaes	673
Doctor Serapio Hernández	673
Don Carlos Solórzano Gutiérrez	674
Don Federico Solórzano Montiel	674
Don Hugo Fonseca Rivas	674
General Vincencio Pérez Soto	675
Empresa Teatral Mario Urbini Co., S. A.	675

	<i>Página</i>		<i>Página</i>
Edificio Palace	675	Don Modesto Martínez	601 675
Doctor Antonio A. Facio	18, 495 675	Diario La Tribuna	373
Doctor Hermann Carmiol	675	Diario de Costa Rica	676
Doctor Edward G. Salisbury	495	Editorial Borrásé Hermanos	662
Doctor Oscar Pacheco	495	Empresa constructora El Ingenio, del Ing ^o	
Doctor Enrique A. Calvo	282	Francisco Jiménez Ortiz, 274, 284, 292,	
Doctor Adolfo Jiménez de la Guardia	675	298, 310, 370, 379, 521, 522, 602 675	
Doctor Alexis Agüero	675	Empresa Constructora Eric C. Murray &	
		Co.	280, 288, 296, 302 314



BIBLIOGRAFIA

Para completar este trabajo, he tomado valiosas referencias escritas por los siguientes autores:

- Profesor Anastasio Alfaro
- Mr. Félix Belly
- Profesor Pablo Biolley
- Ing^o Juan J. Bolaños
- Mr. Samuel Crowther
- Don Ricardo Fernández Guardia
- Profesor Luis Felipe González
- Doctor Vicente Lachner Sandoval
- Licdo. Teodoro Picado
- Profesor Enrique Pittier
- Profesor Adolfo Tonduz
- Licdo. Luis Demetrio Tinoco
- Mr. William H. Ukers.

Y otros cuyos estudios aparecen en revistas y periódicos antiguos, existentes en la Biblioteca Nacional, sin que sea posible determinar sus nombres.

La elegante portada de este libro fue dibujada por el artista Don Richard Kliefoth e impresa en la LITOGRAFÍA UNIVERSAL en San José.

IMPRESO EN LOS TALLERES

BORRASE HERMANOS

SAN JOSÉ — COSTA RICA

1940